



S U P L E M E N T O   S E M A N A L   D E   A R R I B A

AÑO I

MADRID, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1942

NÚM. 37



# Fracaso de las experiencias comunistas

Por ANTONIO BOUTHELIER

**S**ISMONDI, caracterizado discípulo, en sus primeros tiempos, de Adam Smith, al situarse ante las contradicciones intrínsecas del liberalismo económico y ante la antítesis que supone el hecho de que a mayor desarrollo industrial se produce una situación más paupérrima de los más modestos elementos productores, deriva en su doctrina y, frente al liberalismo que inicialmente contribuyera a sostener, sienta determinados principios de intervencionismo estatal que, aunque en múltiples ocasiones han sido conjugados dentro de la genérica articulación del socialismo, son en realidad balbuceos elementales de lo que después, con el transcurso de muchos años, han de llegar a ser elementos fundamentales de las doctrinas económicas totalitarias.

También Sismondi, hombre de realidades inmediatas, que legitima el principio intervencionismo del Estado, que apoya en la utilidad social el derecho de propiedad y que incluso acepta como buena la desigualdad con tal de que no sea excesiva, sienta un principio fundamental que lo separa por completo de cualquier concepción socialista de la economía y fundamentalmente de las actitudes tácticas sostenidas por el bolchevismo. «Nunca se puede contar con certidumbre en las teorías, aun en las mejor establecidas, para disponer un mal inmediato en la confianza de que de él resultará un bien venidero.» Así dijo Sismondi, y esta negación suya a aceptar un mal inmediato como justificación de un bien futuro, dentro del campo de lo económico, es la más profunda y radical negación del bolchevismo.

Si a esto se añade que Sismondi no rechaza la posibilidad de un beneficio vinculado a la productividad del capital o renta del mismo más que en cuanto dicho beneficio viene a convertirse en exagerado, con

lesión y demérito del factor humano que participa en la producción, nos encontramos con que en cierta medida debe considerarse también a Sismondi como uno de los más remotos precursores de las organizaciones totalitarias que quizá puedan encontrar su elemento más característico al buscar en la organización corporativa del trabajo el remedio a las funestas consecuencias de la competencia anárquica característica del régimen económico, individualista y capitalista.

Pero la inquietud originada por la trágica situación creada a las masas más modestas por el liberalismo no podía concretarse en el futuro desenvolvimiento histórico en la elaboración de teorías más o menos brillantes que desde un punto de vista especulativo pretendiera tener en su mano el seguro remedio. Por eso rápidamente las desviaciones dialécticas se concentran en experimentos subversivos del orden genérico de la economía de fines del siglo XIX, y acrecentadas por la crisis general resultante de la guerra europea de 1914 y arraigada en la contextura específica de un pueblo que, como el ruso, tenía todas sus manifestaciones más características vinculadas a formas comunistas o comunistoides de organización social y económica (buen ejemplo de ello es el «mir»), da lugar al nacimiento de ese Estado que, situado en los confines asiáticos de Europa, se convierte rápidamente en motivo polémico fundamental de las doctrinas económicas.

Diversas han sido las denominaciones que alegremente y con evidente confusión de concepto se han aplicado para designar el experimento ruso; marxismo, soviétismo, bolchevismo y comunismo se emplean como términos sinónimos, siendo así que la íntima significación de estas palabras es radicalmente distinta. Marxismo es la denominación de una doctrina económica de organización de la sociedad totalmente abstracta, formulada por Marx en el puro ambiente de la especulación doctrinal en que se movió y sin ninguna matización específica de concreta realidad. Sovietismo, aunque con gran frecuencia empleado como índice de organización económica, es fundamentalmente exponente de una determinada organización política, y pertenece, por consiguiente, al vocabulario, no de la economía, ni aun siquiera de la sociología, sino al del típico derecho constitucional, organizador de la vida política de los pueblos. Bolchevismo es la expresión que sirve para calificar la doctrina de la fracción socialista (no olvidemos que en la Rusia del 17 luchan abiertamente bolcheviques o mayoritarios, mencheviques o minoritarios y socialrevolucionarios) que logró adueñarse del Poder en las jornadas revolucionarias e imponerse por la violencia, no sólo a las organizaciones establecidas por el zarismo, sino también, con más violencia si cabe, a las demás fracciones revolucionarias que con ella contendían. Tan sólo comunismo es expresión de raíz puramente económica, cuyo contenido y alcance, en contraste de la posición económica del nacionalsindicalismo, es el que nos importa examinar.

Prescindamos, porque no nos importan en esta ocasión, a pesar de su fundamental vigencia, de cualquier clase de consideraciones de orden moral y espiritual para combatir las posiciones comunistas. Nos ceñiremos, por el contrario, a motivaciones estrictamente económicas; y en ellas se encuentran razones más que suficientes para el logro de nuestro objetivo.

Empecemos, como propósito fundamental, por considerar el proceso inicial de subversión violenta y destructora del or-



HAMBRE

den económico estatuido que es característica del comunismo. Este necesita en su etapa inicial, y harto dolorosamente se ha demostrado en Rusia y en nuestra propia España, hacer tabla rasa de la organización heredada, con el consiguiente desajuste y desequilibrio y su secuela inmediata: el hambre. Bajo ningún concepto puede aceptarse esta consecuencia inicial, realmente aterradora. Gonnard recoge expresivamente este hecho cuando, refiriéndose a las primeras etapas del comunismo de guerra, dice: «Ello fué porque durante los primeros años siguientes a la revolución, la destrucción de los capitales fué enorme e intenso el empobrecimiento del país. Vivieron de la riqueza adquirida; las provisiones almacenadas fueron consumidas; se suspendieron las amortizaciones y los mantenimientos; se dejó de construir para reemplazar todo lo que se deterioraba o se aniquilaba: casas, fábricas, herramientas, ferrocarriles, etc. Se impuso la evidencia de una catástrofe inmensa, con el hambre, la parquedad de los salarios, la disminución de los rendimientos, la mediana de las cosechas, la pobreza general y la desmoralización económica.» En estas condiciones ni aun el propio Lenin se atrevió a continuar llevando hasta sus últimas consecuencias los principios doctrinales informadores del comunismo, e inició la rectificación, la marcha atrás, encarnada en la Nueva Economía Política, conocida por su anagrama N. E. P., que, en el fondo, no es más que una abdicación de posiciones comunistas y su sustitución por un más moderno—más humano—socialismo de Estado. Con la N. E. P.

se vuelve a la iniciativa privada, que es fomentada, siquiera sea con cortapisas y limitaciones.

Pero también con la N. E. P.—y esto es lo más importante—se viene a reconocer la necesidad ineludible de considerar al capital como elemento o factor necesario de la producción. Efectivamente, el comunismo había agotado todas las reservas capitalizadas y Rusia se encontraba atada de pies y manos al encontrarse carente de capitales y al no encontrarse dentro de sus fronteras medio alguno para constituirlos. Y entonces echó de al único medio de que puede echar mano: la llamada angustiosa a los capitales extranjeros, hipotecando su producción. El comunismo, que venía produciendo, según sus propias altisonantes manifestaciones, a liberar al proletariado, tiene otra salida que la de entregárselo a manos de la usura para evitar que terminen de morir de hambre. No puede pensarse en un fracaso más profundo. El acta del fracaso estrepitoso lleva la firma del propio Vladimir Ulanoff (Lenin). La N. E. P. y sus reflejos en los aspectos comercial, industrial y agrícola son el exponente más claro y rotundo de los íntimos e insuperables vicios del comunismo.

Igualmente ha tenido necesidad el comunismo de abandonar sus posiciones de orden al consumo y su regulación. El comunismo aspiraba doctrinalmente a la «eliminación de la propiedad privada, sólo sobre los medios de producción, y también sobre los bienes de consumo, por consiguiente, aspira no sólo a una socialización de la producción, sino también del consumo». (Heller.) También este aspecto su fracaso ha sido rotundo, teniendo que abrir paso a la cooperación, teniendo que abandonar el sistema de monopolios y sustituirlo por el de impuestos (consagración de la propiedad privada) viéndose obligado a aceptar la existencia de dos mercados—uno de ellos libre—los que se restablecía una libertad restringida de contratación y circulación de productos; es la vuelta a la economía de cambio, basada en la existencia de la moneda. Se acepta, por consiguiente, aunque de mala gana, la facultad individual para contratar, la que trae como consecuencia la libertad de consumir o aborrear el excedente en la medida que cada individuo considere conveniente. Y una vez llegados a esta conclusión, ¿cómo podría pedirse la cesión del uso de lo aborreado mediante el pago de interés? Y si esto es así, ¿dónde quedan los principios económicos informadores del comunismo?

Este ha sido el final a que el orden económico ha abocado un régimen que se proponía ser justo. Propósito que, evidentemente, ha logrado.

Año I - Madrid, 13 septiembre 1942 - Núm. 37



## La lucha contra el comunismo

Portada, por Tauler.

Fracaso de la experiencia comunista,

por Antonio Boutellier. Pág. 2.

Nuestra lucha, por Xavier de Echarri. Pág. 3.

El comunismo como doctrina económica, por Pedro Rico. Pág. 4.

Antropología marxista y leninista,

por Javier Conde. Pág. 5.

Frente al comunismo, por Patricio G. de Canales. Pág. 6.

El vacío jurídico del comunismo, por

Luis Filgueira. Pág. 7.

Veinticinco años de lucha contra la

Internacional Comunista, por Fer-

nando Aguirre de Cárcer. Pá-

ginas 8 y 9.

El cine soviético, por Francisco Her-

nández-Blasco. Pág. 10.

El Ejército español en la lucha contra

el comunismo, por Ramón Ar-

mada. Pág. 11.

Ejército y comunismo, por Jacobo de

Armijo. Pág. 12.

De la guerra en Rusia depende el por-

venir de Europa, por J. Juste. Pá-

gina 13.

Estampa soviéticas, por Jesús Mar-

tínez Tessier. Pág. 15.

De Versalles a Moscú, por Eugenio

Montes. Pág. 16.



Lenin dando órdenes a los milicianos bolcheviques

# NUESTRA LUCHA

Por XAVIER DE ECHARRI

A Falange convocó a sus hombres para la lucha contra el comunismo en la propia tierra soviética por idénticas razones a las que en 1936 la llevaron al combate.

La presencia de la Falange armada en aquella fecha de hace siete años, que tan arrebatadamente encendió la ambición de los falangistas, singularizó el Movimiento desde el primer instante dentro del panorama general de las luchas internas españolas. Por encima de toda la sangre enfrentada—una vez más enfrentada—estaba la intención de la Falange, estaba su propósito—no, gracias a Dios, su programa—y estaba, en suma, la realidad de su significación comunitaria, de su insobornable unidad, que se cerraba por igual a todos los que intentaban asaltar la totalidad de su libre presencia, con las armas de fracciones particulares interesadas—por malos intereses—en la dramática batalla que comenzaba. Por eso la Falange formaba en la línea de fuego sin espíritu de revancha y por eso entendía la guerra tan sólo como una dramática operación, evidentemente irremediable, para rescatar el puro ser de la Patria de las manos de la traición; pero sentía bien hondamente el dolor infinito de aquella guerra y se imponía a sí misma, con rigor, todo un estilo castrense tan audaz como meditado, tan valeroso como lleno de justificaciones, negándose severamente la alegre irresponsabilidad de la guerra por la guerra misma, frívola o deportivamente considerada. La guerra para la Falange no podía ser sino un angustioso trance suscitado por una culpa general de casi todos los españoles, y ante cuya sangrienta y viva presencia no era lícito desbordar un júbilo demasiado fácil. Las palabras de José Antonio llegaban poco después desde su prisión lejana y hermética—sueño nuestro de vida y de muerte—con la clave exacta: "que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña, de un lado, y la antipatía del otro...". Las palabras de José Antonio llegaban a la Falange con la dolorosa certidumbre de su muerte. Eran sus últimas palabras.

Queremos decir con esto que la Falange tenía, naturalmente, una profunda conciencia moral—su conciencia, la que la había originado y hecho crecer—y que la razón superior de esta conciencia era la que movía sus propósitos. Convocó a la



mejor juventud de la Patria al combate, porque sabía bien que la dialéctica de las armas—por ella preconizada y exigida—era ya la única posible forma de llegar a entenderse sobre la tierra española, de llegar en ella—y para ella—a un orden y a una unidad. Para esta unidad, para esta entera y total España estaba la Falange en armas. Para nada más y, sobre todo—por encima de todo—, para nadie más. La Falange no podía convertirse—había negado ya anteriormente la sangre de sus escuadristas a tan escaso y torpe menester—en vanguardia armada de aquellos que le habían negado el pan necesario, para defenderles ahora su comodidad y su holgura. La brecha de atención que nos había sido negada iba a ser abierta. Pero por unas razones superiores, contra los unos y contra los otros; sin atar la intención ni el esfuerzo a ningún interés parcial, clandestino o poco confesable. Se abría la brecha, en suma, por nuestra verdad proclamada, por

una síntesis superior y definitiva, en la que, necesariamente, estaban incluidas muchas razones que circunstancialmente aparecían instaladas en el campo enemigo.

Las razones que entonces llevaron a la Falange a la lucha estaban en esta conciencia. Las que nuevamente la han llevado a empuñar las armas están igualmente en ella. Una conciencia moral elaborada y profunda. Unos designios concretos y definidos que no admiten confusión ni fraude.

Nuestra División Azul, la formación militar de camisas azules que mantiene en Rusia la ambición falangista del 18 de julio de 1936, supone, sin duda, algo más que unas filas armadas que combaten al comunismo para evitar el daño de su expansión. Nuestra Falange, encuadrada por un Mando profesional de técnica ejemplar y heroísmo probado, lucha por evitar el mal, el desorden y el caos tanto como por crear el bien, el orden, la justicia y la armonía. Lucha contra



aquellos que encarnan el designio más criminal y peligroso dentro de las formas de vida que surgen de la descomposición del liberalismo; lucha contra una fuerza gigantesca y bestial, sin cuya previa destrucción ninguna concepción moral, ninguna elaboración civilizada podrá jamás existir sobre el orbe. Pero lucha con la conciencia exacta que a la significación y límite de la empresa corresponde.

Es decir: la Falange combate en 1936 y combate ahora en Rusia para destruir los obstáculos que dificultan o impiden el desarrollo de la Revolución Nacional, que como intención esencial de su acción fué anunciada por José Antonio. Lucha para destruir el error no por su destrucción tan sólo, sino precisamente porque ella es condición previa para la propia y posterior victoria falangista. No lucha para destruir el error y abrir el camino a la mentira ajena. Esto es exactamente lo que muchos han intentado cada día y esto es, por supuesto, aquello a lo que la Falange ha de negarse siempre con mayor obstinación y firmeza. La Falange lucha por su verdad, por su Revolución, por sus propios designios, porque sabe que su triunfo es el único triunfo entero de la Patria, por encima de todas las razones pequeñas y encubiertas, que no merecerán jamás la vida generosa de un solo escuadrista.

La victoria contra el comunismo será la ocasión de Europa y, con ella, la ocasión de España; con la ocasión de España, la ocasión de que la Falange instale de una vez en el ser de la Patria su verdadera entraña, su real y activa presencia. La lucha de la Falange contra el comunismo es eso y no ninguna otra cosa de menor alcance y trascendencia.

A la lucha contra el comunismo se le da con demasiada frecuencia y por demasiadas gentes con cualquier redomada una sola significación de defensa, sin admitir su ulterior significación de ataque. Tendremos que recoger una expresión estereotipada del enemigo y, dándole la vuelta, decir "contra el comunismo y sus cómplices". Sus cómplices, que son aquellos que más lo justifican con su espíritu igualmente de "close", con la insularidad de su cerrado egoísmo; con su barbarie también. Con una barbarie mejor encubierta y menos vulnerable, que ni siquiera está, como la otra, frente a la metralla y el fuego en los parapetos de Stalingrado.

# EL COMUNISMO COMO DOCTRINA ECONOMICA

Por PEDRO RICO

No es la economía en sí una ciencia matemática que pueda estudiarse sobre la base de hechos invariables, de principios inmutables. La solidez de cimientos de otras ciencias, aquí queda convertida en unas teorías deslizando que van evolucionando bajo el lento peso de la Historia hasta convertirse en recuerdos a través del tiempo.

No hay que olvidar, a este respecto, que la economía como ciencia no ha existido hasta que Adam Smith, el profesor escocés, sentó en 1776 los principios de esta ciencia con su libro famoso, poniendo fin a los tanteos del mercantilismo colectivista, especie de movimiento en el vacío del que tantos perjuicios se esprendieron para tantas naciones europeas convencidas de que la riqueza residía en el aresamiento del oro, olvidando la leyenda del Rey Midas.

Las teorías de Carlos Marx, el mal llamado socialismo, porque su mejor denominación es la de marxismo, forman con su interpretación materialista de la Historia la cuna de lo que se entiende por comunismo—mal denominado también—, porque lo que ha imperado en Rusia está lejos, muy lejos de esa utópica y bucolica organización económica, que fué convirtiéndose, al correr el tiempo, en un socialismo autocrático, movido con todos los defectos del socialismo y sostenido por el más duro de los absolutismos en su aplicación política.

## LOS FILOSOFOS PRECURSORES DE LA ECONOMIA

En los albores de este siglo, la Gran Guerra, como la Revolución francesa, fué el detonante que hizo explotar—moviéndolo más aprisa ese explosivo del descontento social—ese fermento revolucionario que crean tras sí todas las guerras calamitosas. Y el socialismo revolucionario prendió en la mies de Europa, implantando su ensayo en parto doloroso en el pueblo más retrasado en su progreso y en su civilización, resumen de mentalidades atrasadas. Rusia prendió con su antorcha la gran hoguera del siglo, mientras, como barreras de contención, surgían a poco, de pueblos también macerados por el fermento de las revoluciones, los tres grandes ensayos de nuevas formas económicas que dejaban cadáver al capitalismo: el corporativismo italiano (Mussolini), el Nacional-socialismo alemán (Hitler) y el Nacional-sindicalismo español, explicado como una nueva parábola por José Antonio, mártir y apóstol a la vez de un nuevo espíritu económico impregnado de la ternura humana del cristianismo más puro.

## EL COMUNISMO, FORMULA ECONOMICA SIMPLISTA

Económicamente el comunismo es la fórmula rudimentaria y utópica en que las tribus de la célula económica inicial—¿cuántos milenios para contar su carencia de visión, por lo simplista?—resolvían su organización, su pobre modo de vida, fundamentado en el pastoreo, en la pesca y en los frutos espontáneos del agro sin cultivo.

Ni es doctrina económica ni constituye una escuela. Está muy lejos de eso, y en su esencia con el principio de la comunidad de bienes, de la desaparición de la propiedad, de la abolición de las clases, de la igualdad más rabiosa, no hace más que retraer las formas humanas de vida al estado de fatalismo bestial de la edad de las cavernas. De ahí surge su misma inadaptable al medio económico moderno tan sutil como complicado.

La Historia está llena de estos ensayos utópicos. Antes, mucho antes que Platón—a quien se llama el primer comunista del mundo—y Aristóteles divagarán sobre las organizaciones sociales ideales, y, como tal, irrealizables—¿por qué no las aplicaron en Grecia?; aunque es pintoresco el detalle—, siguieron defendiendo el sistema de los esclavos, ya se había conocido el comunismo como fórmula de Estado. Y cosa curiosa también, como modo de halagar a las masas o tal vez de conducirlos al fracaso, para dominarlas después con más dureza. En China, trece siglos antes de Cristo y durante quince años imperó el comunismo. Luego, desapareció. Duró menos que el comunismo ruso, que ya usa barbas de un cuarto de siglo.

Bien pudiera decirse que en el caos de todas las revoluciones surge siempre como solución simplista, rudimentaria, infantilmente económica, esta del comunismo. Y así ha de ser, porque el comunismo implica la carencia de todo sentido económico.

Es Platón el primer soñador de pueblos

ideales con su «República». Peor fin tuvo, siglos después, Tomás Morus. Su célebre «Utopía» le vale la decapitación. Y eso que era canciller de Enrique VIII. Dos siglos más tarde había de nacer el «Estado del Sol», del dominico Campanella. Siguen después en la antología una serie de divertidos visionarios, entre los cuales no falta algún español. Pero hay que llegar a Fourier, con sus «Falanges y falauterios», a los talleres nacionales de la revolución de los enciclopedistas para encontrar ensayos prácticos de estas utopías socializantes. La Revolución francesa dió muchos ensayistas. Casi todos murieron en la guillotina. Menos Marat, que había de morir bajo el puñal. Bien es verdad que Marat, como dice el profesor Conrad, era el representante de un simple sistema de robar. Saint-Simon, Owen y Fichte avanzaron algo más, hasta dar ya paso franco a Marx, que lanzaría sobre las clases desheredadas de la fortuna, sobre el pueblo proletariado y cada vez más numeroso del mundo de la moderna industria que entonces despertaba, el virus terrible de su interpretación materialista de la Historia.

Colgada de sus barbas entra la Humanidad en la época de la lucha de clases, en la nueva etapa de las revoluciones. Fué el judío Marx el que, cien años después de nacer, sería «padrecito» de los rusos bolcheviques, comunizados, representado en el mando material por Lenin, otro filósofo.

## CRITICA DEL MARXISMO COMO DOCTRINA ECONOMICA

Existen una serie de desfiguraciones técnicas en este juego de palabras de la forma rusa de gobierno. La denominación de comunismo, desde el punto de vista de la dialéctica económica, es un error. Económicamente hablando, la forma rectora

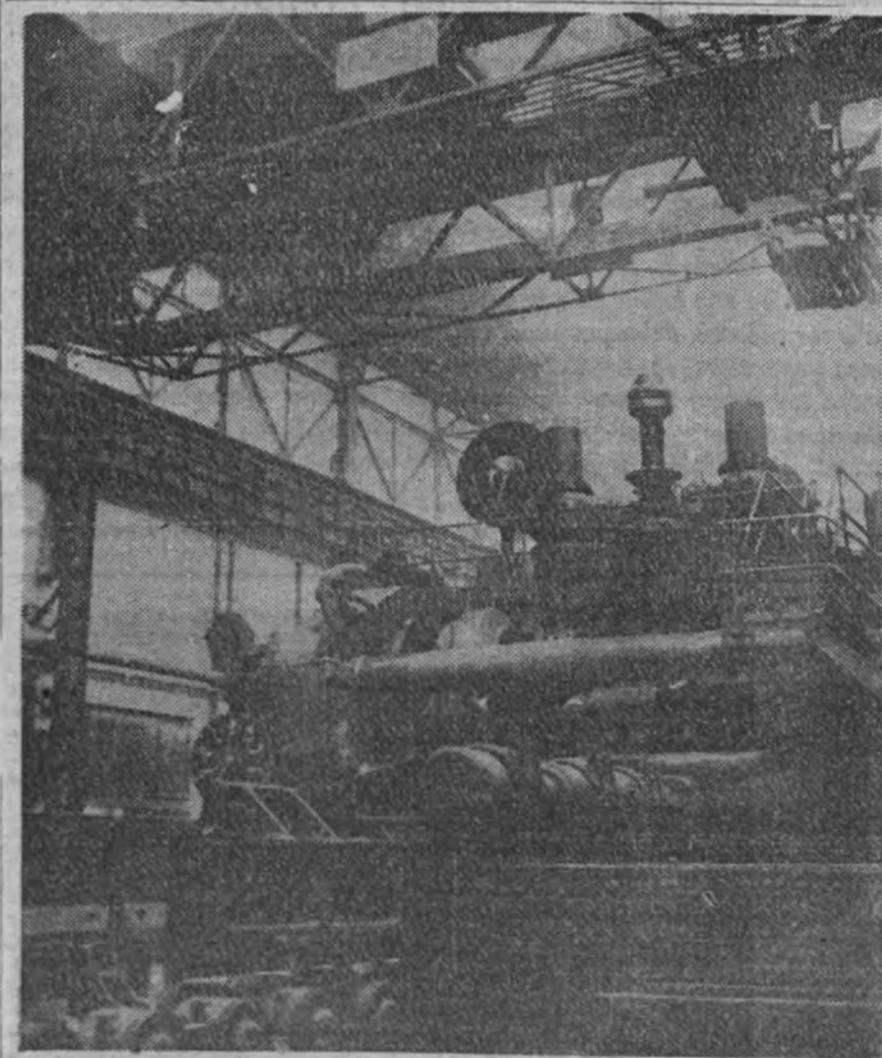
de la vida del moderno Estado ruso es el socialismo. Así como, políticamente, la forma es el bolchevismo; leninismo o maximalismo, nombre que deriva de ser Lenin el jefe del grupo de la mayoría de la Asamblea rusa revolucionaria que dió el golpe de Estado contra los minoritarios (mencheviques), socialistas, sindicalistas y anarquistas. Porque, entiéndase, los comunistas no son la mayoría en Rusia. El «partido» apenas cuenta con millón y medio de adeptos. Es una minoría. Que asalta y usufructúa el Poder por la fuerza.

Sentado ya el principio indubitable de que el comunismo ruso es socialismo puro, es natural que en su ensayo práctico surgieran rápidamente los errores y defectos de las doctrinas de Marx, intransigentes e inadaptables, negativas por su odio y su despotismo, en la que, hasta ahora, nunca se vió el acierto de su practicidad como rectora de un nuevo sistema de economía.

Científicamente, Marx no pasará a la Historia, siendo considerado como economista superior al mismo Rodbertus. Su labor crítica del capitalismo es enormemente negativa. Destruye, pero no ofrece soluciones. De sus teorías—amplias y certeramente rebatidas—queda muy poco aprovechable, como no sea el sedimento de odio que lanzó entre los pobres del mundo, entre el elemento proletariado, a quien sus discípulos halagaron en sus más bajas pasiones hasta crear el clima de crueldad inaudita que ha caracterizado a los movimientos revolucionarios de la postguerra. Los horrores de Rusia, de Hungría, de China y más tarde de España, no vienen a ser más que la resultante de esta filosofía negativa y despótica de Marx, fundida en el crisol amargo de su vida miserable, en el error de esa raza maldita de la Historia, de los hebreos y en la tara de



Carlos Marx



Dos planes quinquenales fueron puestos al servicio de la industrialización del país. Enormes fábricas se levantaron en los lugares estratégicos de la U. R. S. S., sacrificando el bienestar del pueblo. Este poderío industrial ha sido abatido en gran parte por el empuje de los ejércitos del Eje

odios y de rencores que los hijos de Israel arrastran por el mundo como una maldición bíblica en pleno proceso de inadaptable etnográfica.

## ERRORES ECONOMICOS DEL COMUNISMO

Ya hemos indicado antes el error técnico de confundir al comunismo, rudimentario, sin doctrina, sin programa, carente de soluciones para ningún problema económico, con el socialismo, ya más moderno, más maduro. Es socialista la forma de conducir el proceso económico de Rusia. Su aplicación llevó la impronta brutal que fué siempre norma de gobierno en el esclavizado pueblo ruso, el cual, al auparse sobre el Lenin como Zar rojo, no hizo más que ver repetida sobre sus sufridas costillas la forma de eliminar enemigos de Iván el Terrible o de Pedro el Grande. Como dice Rollin, para penetrar bien en el verdadero papel histórico de los bolcheviques, no hay más que remontarse a la «Oprichina» de Iván el Terrible.

El fracaso comunista-socialista había de venir de la mano de su vacía doctrina económica, falta de lo más esencial: el estímulo. Era inútil que Stalin, con su plan de industrialización, quisiera imitar a los programas de Pedro el Grande intentando formar un capitalismo de Estado. En el fondo había siempre una carencia de base: el valor negativo del alma enlaza del pueblo ruso. Que servía admirablemente para conservar la posibilidad de mando absolutista de los «leaders» bolcheviques. Pero que encerraba dentro de sí la carencia de progreso, en calidad básica en una raza que nunca supo tener lo que es la vibración de los tiempos: historia.

Cuando la guerra actual acabe y se pueda escudriñar en ese pueblo pasivo y fatalista que siempre amó su hermetismo y su apartamiento de la civilización, se verá hasta qué punto fracasó el bolchevismo políticamente y el socialismo económicamente en la creación de un estado de bienestar, espejuelo con que se lanzó a la revolución más sangrienta de la Historia al pueblo ruso.

Tres bases magníficas se ofrecían a Lenin y luego a Stalin para construir en Rusia una nueva economía: Primero: Grandes riquezas en potencia, en el suelo y en el subsuelo. Segundo: Una economía en tabla rasa, dispuesta a recibir la reconstrucción, con un balance sin acreedores. Tercero: Un pueblo misero, sumiso, incapaz de protestar, acostumbrado al látigo, a la deportación y al fusilamiento. Un régimen de terror cerraba al cuadro y era el nervio motor del sistema coactivo de un Estado sin disciplina y sin prestigio, pero brutal y despótico.

Pero el socialismo lleva dentro de sí sus propios errores, su carencia de formación, la falta de estímulos y acreedores. Y por ahí fallaron los rusos. La N. E. P., el primer viaje económico bolchevique, retornó vergonzante al capitalismo, fué una prueba de su cabal vacuidad. La adopción, después, de todos los sistemas del capitalismo, comenzando por el dinero, el crédito, el ahorro, el pequeño capital, la propiedad, la diferencia de salarios, y, por último, el trabajo a destajo o por primas, disfrazado con el nombre de stajanovismo, trajo la plena convicción de que el socialismo como sistema económico era un absurdo y que si mejoraba el bienestar social del obrero, porque la riqueza nacional disminuía, ni alumbraba ninguna solución de las que se buscaban; porque si bien aniquilaba al capitalismo—y muerto el perro se acabó la rabia, sus males y sus defectos—, el mundo comunizado declinaría en su línea de progreso, porque el odio ambiental al intelectual alcanzaba también al sabio y al técnico, con lo que se secaban las fuentes de la ciencia, cuna del progreso industrial, y la desaparición de la posibilidad de cambiar de clase mataba el estímulo en el hombre al hacer desaparecer el egoísmo que nace de la diferenciación, del reconocimiento del mérito creador o productor.

Los intentos de brincar un estado de igualdad encontraban su fruto. La igualdad en la depauperación y en la miseria. Un Estado pesimista y tenebroso—el soviético—surgía donde la utopía había sembrado todos sus optimismos.

Y una vez más Max Hirsch, el crítico acerbo de Marx y sus doctrinas socialistas, al cantar las excelencias del libre estímulo creador tenía razón: «El proceso del género humano desde la barbarie a la civilización no se ha realizado por la consciente acción compulsiva del Estado.»

Y menos aún de un Estado como el de Stalin, que niega hasta el derecho a pensar, destroza la familia, ahuyenta la ternura del sentimiento religioso y convierte al hombre en una pura bestia.

# Antropología marxista y leninista

Por FRANCISCO JAVIER CONDE

**Q**UIEN se halle en trance de bajar en síntesis el perfil científico y el sentido del marxismo como filosofía de la Historia, como doctrina política y como programa de acción, difícilmente podrá escoger para ilustrar su esbozo cita más cabal y certera que la de este famosísimo párrafo de la "Crítica de la economía política", de Carlos Marx: "Mi investigación vino a parar en esto: que las relaciones jurídicas y las formas políticas no se comprenden si se parte de ellas mismas, y tampoco si se parte de la llamada evolución general de espíritu, sino que más bien radican en las condiciones materiales de la vida, cuya totalidad resume Hegel... en la rúbrica de 'sociedad burguesa', pero teniendo en cuenta que la anatomía de la sociedad burguesa se ha de buscar en la economía política... En la producción social de su vida, los hombres se enlazan en relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad, las cuales corresponden a un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza una superestructura jurídica o política y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia. Los modos de producción de la vida material condicionan el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, es su ser social lo que determina su conciencia... Cuando la base económica cambia, más de prisa o más despacio, toda la superestructura se transforma."

En este párrafo decisivo aparecen concentrados los conceptos cardinales del marxismo. Montados están todos y enlazados sobre una determinada manera de ver el hombre y el acontecer humano. ¿Cómo interpreta Marx el ser del hombre?

"Ser radical—escribe Marx en una ocasión—es tomar las cosas por la raíz. En cuanto al hombre, su raíz es el hombre mismo." La raíz del hombre es el hombre mismo. Ello quiere decir que la raíz de lo humano no está más allá o más acá del hombre, ha de buscarse dentro de él. Entonces, ¿qué es ese hombre raíz de sí mismo? Marx va a decirnos muy pocas cosas originales: El hombre es, ante todo, ser viviente; la sustancia de los fenómenos humanos es la "vida"; el ser del hombre es, ni más ni menos, su vida, su vivir, el proceso real de su vida. La historia del hombre es, sobre las demás cosas, historia natural. Hasta aquí la originalidad es harto menguada; dijérase, al oírlo, quintaesencia de lo que le han enseñado a Marx Darwin y sus maestros naturalistas. Lo nuevo empieza cuando la pregunta se ahonda por el contraste: ¿En qué se diferencia el hombre como ser viviente de los demás seres animados que pueblan el universo? La respuesta de Marx es el acto de nacimiento del materialismo marxista. Dos notas distinguen al hombre de los demás animales. La primera, ser ente "productor", debido a su peculiar organización corporal. El hombre es "produciendo", produciéndose a sí mismo como ser viviente. Retengámoslo bien: el hombre no es creador o cuasicreador, sino "productor"; su producción no es otra cosa que producción de medios de vida.

Confluyen aquí dos líneas de pensamiento que son quizá versiones contrapuestas enraizadas en subsuelo común: la idea darwiniana de la evolución de las especies y el concepto de "evolución" ("Entwicklung"), núcleo del sistema hegeliano. Si sobre el concepto del hombre como especie volcamos el complejo de significaciones del término evolución, resulta que el ser del hombre es su vivir, y la vida humana, producción de medios de vida en determinada manera; de tal suerte que el modo de la producción define el modo de vivir, la manera de ser del hombre. Así, la historia del hombre, pura historia natural, es, por obra del hombre mismo, historia de los modos como el hombre produce su propia vida, morfología de los modos o sistemas de la producción. Y como en la concepción dialéctica todo está precontenido en el principio, el ser del hombre y su historia son el proceso de maduración del germen inicial, actualización de esa potencia que el hombre tiene de producir sus propios medios de vida, movimiento articulado, "dialéctico", hacia un modo perfecto de la producción.

La consideración antropológica de que Marx arranca convierte la evolución hegeliana de la Idea en dialéctica real de los modos de producción hacia un siste-

ma perfecto. En ese giro va envuelta la radical "naturalización" del ser del hombre y se adivina ya una segunda faceta: su radical socialización y economización. Veamos cómo.

La segunda nota "esencial" que distingue a la especie humana de las demás, dice Marx, es la "sociabilidad". Hasta aquí, el aserto tampoco es muy original. La innovación de Marx consiste simplemente en radicalizar esta nota tradicional. El hombre se convierte entonces en pura encarnación de lo social. Todo el esfuerzo ingente del pensamiento clásico por explicar el logos individual y la cristiana experiencia irrevocable de la intimidad del espíritu personal quedan anulados en esta interpretación puramente social del ser del hombre. Puestas así las cosas, el hombre sólo es sujeto de su propia historia en cuanto es encarnación de sociabilidad, no ya como individuo, sino como miembro de un grupo social. Su conciencia sólo será verdadera, es decir, "histórica", en tanto sea conciencia de grupo. El sujeto real del acontecer humano no es el individuo, sino la "clase". El titular de la conciencia en los diferentes momentos de la Historia es también la clase. Decir conciencia histórica es decir "conciencia de clase" (Marx-Lenin-Lukács).

El hombre es, pues, pura encarnación de sociabilidad, y lo que el hombre sea concretamente depende, ni más ni menos, de su inserción en el medio social. No es, como en la ecuación aristotélica,

cisivo que entorces se plantea es el del método para salir de esa situación en que el hombre se ha convertido en simple cosa.

¿Cómo puede el hombre salvar esa etapa? ¿Por ventura estará condenado a perecer en ella y con ella?

Marx no ha pintado al hombre sujeto inexorablemente a su naturaleza, irremediablemente absorbido su ser en lo social. Ni siquiera es libre para conocer. Ciertamente es capaz de "producir" ideas, instituciones, etc.; pero no es más que eso, "productor", y su producción siempre está condicionada por sus relaciones sociales. Esa adecuación e ineluctable conformidad entre los "productos" del espíritu humano y las relaciones sociales, ese conformarse de todo lo creado por la acción histórica del hombre según las relaciones materiales de la producción, es la primera ley que preside la realidad. Como en la semilla la planta entera, en cada momento de la producción está prefigurado inexorablemente todo el sistema de las relaciones superiores que unen a los hombres. La estructura superior depende de la inferior, es como la floración de aquella. Puesto el germen, la planta por sí misma crece hasta florecer plenamente. Ahora bien, esa generación constante de formas de vida no se produce sin lucha; es, desde luego, producto de incesante contienda, y su titular, para la derrota o para el triunfo, es el hombre como encarnación de sociabilidad, es decir, la clase. Esas formas de

hasta la esencia y explicar desde ella todo lo accidental; tarea que Marx ve con el mismo ingenuo optimismo racionalista de la "Ilustración". Lo que espera al hombre al final del conocimiento es la "ciencia" de la realidad social, la comprensión cabal de esa realidad. No hay un más allá oscuro e incognoscible. La ultimidad que la ciencia busca es la ley, relación íntima y necesaria que enlaza los fenómenos por extraños y dispares que parezcan entre sí. Cuarto, la ciencia es criterio de la práctica. En manos de la clase capaz de conocimiento puede convertirse en previsión y dominio del acontecer social futuro; y quinto, la libertad del hombre consiste en la intelección de la necesidad a que se halla sujeto.

Estas últimas consecuencias envuelven la solución marxista del problema de las relaciones entre teoría y práctica, que sirve de base a la táctica revolucionaria del marxismo.

La lucha contra la burguesía y el pensamiento burgués, la necesidad de desenmascarar las posiciones del adversario llevan a Marx a afirmar la condicionalidad a que el pensamiento está sujeto respecto del ser social. El pensamiento burgués pretende regir la historia trazándose como pauta para la acción la imagen normativa de la sociedad. La norma, piensa Marx, es immanente al proceso, no se puede prescribir desde fuera. "El comunismo no es para nosotros una situación que deba ser establecida, un ideal por el cual haya de regirse la sociedad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que aniquila la situación actual. Las condiciones de ese movimiento se desprenden de los supuestos hoy existentes." Pasado, presente y futuro están dados en la dialéctica real del acontecer. No cabe calcular a priori cómo va a configurarse el instante siguiente, ni es misión de la teoría señalar una meta ejemplar, sino hacerse función del acontecer. Tomando vuelo del impulso social primario de voluntad, la teoría esclarece la situación; el obrar humano, la práctica, tiene entonces, mientras se mueve dentro de la realidad iluminada, virtud para transformarla. Como decía Napoleón: "On soenage et puis on voit." A su vez, la situación transformada produce una teoría nueva. La práctica se mueve siempre dentro de un último círculo irracional, pero lo irracional no es absolutamente imprevisible. La función de la teoría estriba en intuir y esclarecer ese ámbito limitado de lo posible, determinado por la idea de evolución, en descubrir las "tendencias" dominantes.

En ese entronque dialéctico entre Teoría y Práctica se funda la doctrina marxista de la revolución: la teoría es el medio de esclarecimiento progresivo de la conciencia de clase del proletariado. Cuando éste llega a tener cabal conciencia de sí mismo y de su posición social, tiene en su mano la posibilidad real de producir la conversión (Umschlag) de la sociedad burguesa en sociedad sin clases.

Esta última convicción, la seguridad de que cuando el proletariado lleve a tener conciencia cabal de sí mismo es, a la vez, indicio y prenda cierta de esa transformación definitiva, es lo que ha otorgado al marxismo su dinámica energética revolucionaria. Desvelado el sistema en su última raíz antropológica, difícilmente resiste a la crítica. Pero mucho importa que esa crítica se haga, como en la doctrina de José Antonio, no un desde ángulos parciales, sino desde una visión católica e históricamente cabal del hombre. A la serie infinita de argumentos que se pueden formular contra el racionalismo histórico marxista que todo lo reduce a la pseudorealidad de la vida natural y a la pseudorealidad del llamado "progreso" o "felicidad" humana, arrebatada a la Historia el encanto inefable de su misterio y la inmensa hondura de su dialéctica verdadera, y condena al hombre a ser juguete de la ciega fuerza de los apetitos, se añade hoy un hecho histórico gigantesco que acaso nos releve para siempre de rebatir prolijamente en el terreno del pensamiento doctrinas y realidades que están siendo aplastadas con el arroyo supremo de las armas. El aniquilamiento real del Estado bolchevique es juicio inequívoco de Dios y es también venganza implacable de la Historia contra un sistema de doctrinas que creía poseer su secreto más íntimo y soñaba con haber sujetado a cálculo toda la hondura inconmensurable de sus energías vivas. En esa haza titánica España ha tomado ya parte valiosa aportando una visión nueva del ser del hombre y la sangre de sus mejores.



Un cartel soviético del período de la guerra civil alusivo a la defensa de Petrogrado

"zoon politikon" por el hecho de ser "zoon logon", sino al revés, es "zoon logon" como consecuencia de su sociabilidad. Ahora bien, ¿qué es lo social? La respuesta de Marx, radicalizada luego por sus secuaces, es terminante: la realidad social está constituida por las relaciones económicas. Su estructura está siempre determinada por las relaciones de producción, que constituyen un todo. Y sucede que ese todo no es estático, sino altamente dinámico. La clave de su movimiento estriba en la variabilidad de un factor real y verdadero, al que Marx da el nombre de "fuerza productiva", integrado por una serie de elementos extraordinariamente mudables. El acontecer histórico no es más que el movimiento resultante del juego recíproco, oscuro y ciego, de esas fuerzas inestables. El cambio de la fuerza productiva condiciona el tránsito de una forma de producción a otra, de la sociedad antigua, basada en la esclavitud, a la sociedad feudal, asentada sobre el siervo, y de ésta a la sociedad burguesa. Es esta última la etapa en que el hombre se encuentra cuando Marx escribe, y su estudio constata, por eso, su objeto preeminente de conocimiento. En esta fase de su evolución, que Marx describe con los colores más violentos y sombríos, el hombre se presenta con la faz desnuda del "homo oeconomicus". Al llegar a este punto, las cosas, por el hombre producidas se hacen extrañas a él, tornándose ajenas, se le "enajenan", convirtiéndose en "mercancías". Las relaciones de los hombres se nos aparecen como relaciones de cosas, se cosifican. Sobre el análisis del "extrañamiento" de los productos humanos al convertirse en mercancías y de la "cosificación" ("Verdinglichung") de las relaciones humanas levanta Marx la acerada y fúbrica, implacable y cargada de odio, de su crítica contra el capitalismo y la cultura burguesa. El problema de

vida objetivada apenas si tienen consistencia propia, son simple proyección, "reflejo" de la estructura inferior, sujetas a sus alteraciones y mudanzas. El mismo logos del hombre, su conciencia, es un producto determinado por su ser social. Pensar ya no es pensar cosas sustanciales, sino "reflejar" el ser social omnideterminante; el pensamiento es pura "ideología".

¿Qué puede hacer el hombre arrastrado en ese juego de fuerzas oscuras? La autonomía del hombre se reduce a la posibilidad de llegar a tener conciencia de su situación, es decir, del modo de su ser social en cada momento histórico. La función del pensamiento se limita a reflejar, más o menos fielmente, las vicisitudes del ser social. La rectitud del conocimiento depende siempre de ciertas condiciones especiales. Mil engaños—"idolatrías"—acercan al hombre para enturbiar su conocimiento. Y aquí viene la afirmación decisiva de Marx: "Sólo alcanza el conocimiento recto quien por su misma situación—afirma la dinámica propia del ser social—se sume a ella y no se opone a su curso." Mirando este aserto en sus consecuencias generales y a la luz de la circunstancia en que Marx escribe, quiere decir lo siguiente: Primero, el pensamiento del hombre es esencialmente "utópico". Segundo, sólo el proletario, o más exactamente, el proletariado como clase, es capaz de conocimiento recto, porque sólo él afirma la dinámica immanente a la sociedad burguesa, que, inexorablemente, ha de terminar en la quiebra del capitalismo y en el tránsito a la sociedad sin clases mediante la dictadura del proletariado. No así el burgués, quien, temeroso de su ruina, se nubla los ojos con "las nubes de polvo de la superficialidad" y se "aferra a la apariencia". Tercero, la tarea del conocimiento estriba en calar a través de lo que sólo es casual

# FRENTE AL COMUNISMO

Por PATRICIO CANALES

**T**ODO había sido previsto en la mente de los caudillos hebreos del XIX con el fin de aniquilar una cultura basada originariamente en las comunidades cristianas fundadas por San Pablo, y cuyo eje consiste en la valoración de la personalidad humana (libertad innata para salvarse o condenarse) y en la santidad de la familia, que agrupada con otras, constituye sociedad, pero que había sufrido la quiebra interior de la Reforma y, como consecuencia, la justificación niman. Se del Estado y la libre existencia de sociedades anónimas. Estas suman la fuerza del capital deshumanizado, y con espíritu empresario dominan el mundo material. El de la moral se evaporó con el vértigo racional de las alturas, dejándonos en el vaso corporal. Sin fe, sin esperanza, sin caridad, buscamos aquí el paraíso al través de las ciencias cosmológicas y la sociología. Se inventan las máquinas para libertarnos de la naturaleza, y quedamos a ellas esclavizados. Si el mundo interior no existe, en el superior sólo alcanzamos superestructuras materiales. Donde concibió Hegel la evolución del espíritu universal—clave del sistema—colocó Marx la transformación del fundamento económico que explica todo lo demás. Había que apoderarse de los instrumentos del capitalismo valiéndose de sus propias coyunturas, y habría de conseguirse la tierra de promisión tras el montaje del cáncer que vaciara el cristianismo. No obstante, escapó a la previsión de las grandes mentalidades judías el sentimiento nacional, con sus secundas consecuencias.

Quedaba o...o camino mucho más peligroso, el de la dictadura del proletariado, que impulsó Lenin a la III Internacional tras el fracaso revolucionario de los ortodoxos, esgrimiendo como programa el "Manifiesto Comunista" de 1847. Si bien hubo de rectificar, una vez dueño del poder, ante la imposibilidad de socializar los medios de producción, cambio y consumo, estableciendo la N. E. P. y convirtiéndose en el Zar comunista de todas las Rusias, el "Manifiesto" de Marx contenía los mitos internacionales de las masas, que habían de seguir utilizándose en todos los países como banderín de enganche. En tanto Rusia, fiel a su eterna ambición, gracias a un régimen de capitalismo estatal impuesto por Stalin, gracias a la dictadura del Partido, organiza un gran Ejército y una industria pesada para devastar Europa, valiéndose de los procedimientos despóticos de los asiáticos, y apoderarse de las costas mediterráneas, cumpliendo los sueños de las razas esclavas...

Entretanto, en la Unión Soviética, los conceptos de Fe y de Patria llegaron a carecer de valor. La Ética neokantiana ya estaba muy gastada. Se pretendía hacer viable el socialismo dotando de un contenido económico a la democracia. Las olas del materialismo capitalista y del materialismo marxista aplastaban al espíritu. Las bibliotecas nos proporcionaban los últimos pesadimos ensayos de la crisis, en tanto se estrechaba la veda al fascismo y al nacionalsocialismo. Siempre sobraban argumentos para justificar dentro del régimen de garantías jurídicas la pérdida del inmenso tesoro moral de la Patria. Las experiencias económicas de Rusia y de los Estados Unidos eran avidamente estudiadas por nosotros para encontrar en la dolorosa transformación del capitalismo el horizonte de nuestra coyuntura española.

Las Organizaciones obreras penetraron los claustros universitarios por medio de las cotizaciones de socorro. Muchos se decidieron abiertamente por el Partido comunista o por las Juventudes socialistas. Otros, frecuentábamos los locales de los sindicalistas. Los políticos no nos preocupaban ya. El día que las Organizaciones se pusieran de acuerdo constituyendo un frente único se quedaban con el Estado. Ello era completamente imposible por la falta de una moral y por el infranqueable abismo que separaba las dos tendencias fundamentales del obrero español. De otra parte, el aburguesamiento del Partido socialista y la corrupción de la C. N. T., hecha un mosaico e incapaz por su base anárquica para afrontar la más mínima tarea, dejaban a las juventudes obreras en manos de la III Internacional, Organización perfectamente disciplinada, que aumentaba por doquier sus tentáculos al encontrarse en su terreno en un enemigo capaz de combatirla de verdad. Las minorías selectas se dedicaron a tomar éter en la cátedra de don José o a citar tardamente a De Maistre.



Sólo una exigua minoría de estudiantes tradicionalistas se mantenía fiel a su doctrina y a su Rey. Sin otro ideal que el del placer, la juventud estaba preparada para presenciar impávida el hundimiento de España. Nuestros padres no sabían nada de esto; tal vez creyeran menos que nosotros, pero a veces se sentían optimistas.

La propaganda del Komintern cambió los mitos ochocentistas de "reacción" y "revolución", motivo de nuestras primeras discusiones, por el problema vital de la Patria. Desde que la constitución del B. E. O. R. (Bloque Estudiantil de Oposición Revolucionaria) y la F. U. E. apareció "controlada" por los comunistas, las galerías del serón del Noviciado y de San Carlos comenzaron a mancharse de sangre. La mayor parte necesitábamos una nueva fe. Se extendió la mística y doctrina de las J. O. N. S., levantada desde hacía tiempo en plena calle, alrededor de la bandera roja y negra y del Yugo y las Flechas, por Ramiro Ledesma y Juan Aparicio. Ramiro había centrado el problema en el destino de nuestra generación, nos llamaba al combate

con nueva e. a. ategua, ofreciendo el único camino para ganar la batalla—lo Nacional y lo Sindical—en los mismos términos vibrantes del "Discurso", libro clave de nuestro tiempo. Los Miralles sostenían una caballerisca y desesperada lucha.

Los conceptos de tradición, de hombre, de Justicia y de Patria—no previstos por el marxismo—habrían de servirnos para tirar lanzadas al enemigo. Aquella mañana otoñal que lloviznó, en que José Antonio se situó en las raíces de España para levantarla hasta los cielos, atacó cara a cara la cuestión. Desde entonces el Komintern tuvo enfrente a la Falange; ya no podía triunfar en España, porque José Antonio exigió lo que justifica en el mundo la savia española y la voluntaria participación en el destino de la Patria.

A Italia se la encontró Mussolini con un grupo de ex combatientes, al resolver los problemas nacionales y sociales por el camino de la disciplina, la autoridad y la jerarquía; denunció las pretensiones de Rusia y supo detenerla. En Alemania había de nacer el Movimiento de la crisis misma de los partidos obreros. Desde entonces está dando la batalla militar y po-

lítica a Rusia, en el nombre y para la salvación de toda Europa, cargando con una empresa gigantesca, a la que, incluso por egoísmo, estamos obligados. Solamente Hitler y el patriotismo del pueblo alemán son capaces de ello.

José Antonio se encontró a España él solo, seguido por un grupo de universitarios. Su misión habría de consistir en dotar de cimientos cristianos y estables al gran puente sobre la invasión de los bárbaros. El Movimiento no es en José Antonio cosa transitoria, porque supo darle la sal española y el canon clásico con el ardor de los discípulos del Apóstol de Tarso. José Antonio es el primer eslabón de una futura cristiandad. Si la Filosofía, los progresos de la técnica, la organización sindical de las masas y el nuevo mundo moral no acaban integrándose en un principio caritativo, sucumbirá cuanto se ha hecho desde el Renacimiento. Todo lo vigente está a punto de quedar superado. Ahora bien, ¿quién será capaz, por ejemplo, de recoger por arriba la construcción de Manuel Kant?...

La Falange era inmensa porque con ella estaba lo mejor de España, aunque de hecho casi solamente actuasen con José Antonio sus jefes de escuadra desparcados por las territoriales, provinciales y locales de toda la Nación. El "está bien" del Jefe Nacional era el más preciado galardón. Pronto nos dimos cuenta que el único enemigo era el Partido comunista. El primer objetivo se consiguió tres meses escasos después de nacida la Falange: la conquista del local de la F. U. E. de Medicina se continuó por una serie de ataques y colisiones en Valladolid, Zaragoza y Sevilla, que dan por resultado el poderío político de los estudiantes. Los glóbulos rojos se quedaron sin cohambre. Desde entonces no se registra huelga alguna en ninguna Universidad que no haya sido decretada por la Jefatura Nacional del S. E. U. En plena encrucijada comunista cae a poco la limpia figura del Triunviro Matías Montero. Planteada abiertamente la pelea por el dominio de la calle, se entabla una guerra en toda España, que no había de terminar hasta el 18 de julio del 36 y que nos costaría jirones del alma.

Después de las elecciones arreció contra la Falange una persecución a vida o muerte. Tal vez haya sido la etapa más feliz de la lucha. Los hechos nos venían dando la razón y estábamos más contentos que de costumbre. Vivíamos entonces envueltos en la poderosa mística anunciadora de las grandes epopeyas. En Sevilla, gracias a la confianza que tenían ellos en su triunfo y al funcionamiento casi perfecto de nuestra organización contra la Masonería y el Comunismo, recibíamos en las J. O. N. S. el "Boletín" interior de información de Radio Sur, copias de las órdenes que se curaban, movimiento de sus elementos, etc.; tuvimos noticia de todo su plan revolucionario que estallaría el primero de agosto; del "cuartel general" establecido en Barcelona con motivo de la "Olimpiada popular" y de las milicias allí concentradas... Esto nos costó la vida de dos camaradas que cayeron asesinados dos días antes del Alzamiento; hicimos planos—que entregamos al Estado Mayor—de los barrios que los comunistas dominaban militarmente, las entradas y salidas en caso de ataque... verdaderos prodigios de lucha de calle. Revisábamos nuestras centurias en las afueras y en el Parque; tenía cada una un objetivo señalado y estudiado el emplazamiento de las ametralladoras... No obstante, las cosas salieron como Dios quiso. Aquellas empresas se desarrollaron en el silencio y para el olvido de los hombres, pero no de España. Ante la revolución que se avecinaba—alerta y a balazo limpio—teníamos la certeza de nuestro sacrificio; pero teníamos la seguridad que nuestra sangre haría brotar la fe en las mentes de nuestros verdugos y que antes del último golpe formarían con nosotros. A las derechas no les quedaba otra solución que parapetarse en nuestro ideario. Desde el último encarecimiento del Jefe la tragedia nos lanzó a una lucha, que sólo nosotros pudimos saborear.

Todo aquello resulta hoy un juego de niños ante la crisis espiritual que atraviesa un mundo en el que se ha roto la armonía y el equilibrio. Pensemos en elevar al trabajo de valor y de jerarquía, en que la libertad de una sociedad se consigue por la solidaridad y el heroísmo; en que para poder mirar como el águila, hemos de unirnos en haz por la Patria contra taitas y egoísmos, y en que frente al drama universal de la libertad tenemos las verdades rotundas del cristianismo.



# EL VACIO JURIDICO DEL COMUNISMO

Por LUIS FILGUEIRA

EL tratar de percibir un sentido del Derecho en el comunismo es empeño tan baldío como buscar agua en el desierto o pulso humano y calor de corazón en los propios comunistas. Ni siquiera el enfoque del tema halla posibilidad ante la declaración normativa sustancial del comunismo en el Manifiesto de los judíos Marx y Engels. En esta sucia pieza, donde anidan como alimañas viscosas todos los rencores, el crimen enunciado desde la primera a la última palabra, es eso: negación absoluta del Derecho. Sólo se puede ofrecer la posibilidad del intento—y a términos de exhaustiva especulación—en los moldes promulgados del comunismo en vigencia política sobre un pueblo; moldes que poseen sólo la denominación de leyes, pero no el contenido racional de la filosofía, la moral; los supremos conceptos de lo bueno, de lo malo, de lo justo y de lo injusto, cimiento el único viable para sustentar efectivamente una ordenación jurídica. Por esto la tentativa de procurar un estudio sobre el contenido jurídico del comunismo ha de referirse a la Rusia soviética necesariamente.

Las teorías puras del Derecho, exaltación última del positivismo jurídico, que tratan de hallar un normativismo abstracto, desvinculado en absoluto de la consideración del sujeto a quienes están referidos los derechos, podrían hallar a metodología, la sistemática y la ciencia del Derecho en las abstracciones frías de las promulgaciones del Soviet. Y esto porque el punto de partida de estas teorías es negatorio de la metafísica, de la consideración espiritual de la vida humana, del Estado-metajurídico—manera de ser temperamental de nación—, de la idea pura y en eterno equilibrio, de la justicia, de los conceptos morales de la obligación jurídica, del deber natural, de los derechos subjetivos. Esto también porque el sentido positivista del Derecho, como el positivismo filosófico en general, es congénere de las negociaciones que el comunismo luego va a exaltar y poner en práctica cuando encuentre el solar de soberanía adecuado a este efecto.

El comunismo, no obstante, ha procurado servirse de estados de Derecho para ampararse en ellos y desde una situación de garantía luchar contra el Derecho mismo que le amparaba; así la democracia le ha ofrecido el mejor medio de cultivo para su crecimiento. Después, cuando la "Cuerpo Internacional logre el Poder en algún sitio, negará para todos esas mismas situaciones por ella aprovechadas, y sentará como norma única la fuerza despotica que, empezando por imponerse mediante el terror, permanecerá siempre enastada en una pura abstracción estatal, desvinculada de toda idea jurídica y de toda concepción de los derechos innatos.

Los presupuestos de filosofía de que arranca toda la construcción positiva de la legalidad comunista promulgada son los del materialismo, único "valor aceptable" que el comunista halla en la Historia y única razón, en consecuencia, de toda preocupación política; pero el materialismo sin rodeos. Categorical y terminante, como reverso total de la idealidad, de los valores espirituales. En el sentido que uno de los cabecillas de la Revolución de Octubre determinaba para que no hubiera lugar a dudas: «En oposición a espíritu, se llama «materia» lo que, actuando en nuestros sentidos, provoca en nosotros sensaciones.» Un autor español ha dicho refiriéndose a esta frase que el materialismo en sí rechazaba la idea de que las cosas en sí procedan como cosas de una idea existente desde la eternidad. Es decir, no queda nada de idealidad, no queda nada de espíritu, no queda nada de las concepciones absolutas y fundamentales arraigadas en el hombre, marcadas en la conciencia, que son eje de las conductas, tales como el concepto de la verdad, el de la belleza, el de la justicia, el del júbilo y el del duelo.

Unase a esto que el otro punto de partida en la filosofía marxista es el determinismo frente al libre albedrío. Nada queda en ese ser que Dios puso en el mundo para regirlo que sea humano. Y siendo así



la concepción del hombre, proyectar este sentido filosófico al sujeto de derechos arrojará el resultado que puede imaginarse.

El ejercicio práctico de todo esto lo hemos visto de cerca en España en los momentos de la revolución roja, y más tangiblemente a medida que el desmán estaba ordenado por la escueta voluntad comunista, al llegar después del caos anárquico, a la ordenación del crimen y a la afirmación como suprema realidad política del desconocimiento del individuo, y, en consecuencia, de los derechos inherentes a la espiritualidad del hombre. Pero esto es tema de otros trabajos que se publican aquí mismo.

Por nuestra parte queremos abordar ahora, sentadas estas fundamentales premisas, un repaso somero, consideraciones sobre la legislación soviética, que es, en suma, la promulgación oficial para el mundo de la idea animadora, en cuanto a ordenación de la sociedad, del comunismo.

Sin pretensión alguna de sistematización ni de clasificar terminantemente, en modo absoluto, los temas, huyendo de la nomenclatura obediente a cualquier esquema de escuela, nos parece suficiente para traslucir el contenido "otál" del Derecho el parir en cada una de estas cosas: el Derecho político escrito, es decir, constitucional, y en él, sobre todas las cosas, las categorías definitorias de la nacionalidad; el Derecho privado también, de determinadas Derechos innatos, que por ser así alcanzaron desde la historia más remota la estructura cerrada de instituciones, tales como la propiedad, la obligación, el derecho sucesorio, los preciados derechos vinculados al nombre y al ser humano.

Cabe insistir en que cada uno de los valores nobilísimos que han sido definidos o reconocidos por las correspondientes instituciones, al momento horroroso de la instauración del mando comunista van a ser decapitados formalmente en las leyes "ad externum", como una continuación de su real y práctica anulación en la vida diaria. El instrumento de la dictadura proletaria no hace otra cosa al enunciar preceptos que asegurar lo que en vanguardia

ha hecho el instrumento terrorista de la checa (ch-k), o del desmán de los Soviets centrales y locales, o la sucia actuación del soldado rojo después de la campaña en su guerra civil. Y no es que el Estado de fuerza sea cimiento allí del Estado de Derecho, sino que una fuerza se predispone nada más que a resucitar unos principios jurídicos temperamentales del país que opere las hondas raíces de los móviles internacionalistas y judíos, que fueron simplemente los predeterminantes de la ocasión revolucionaria, con fines bien concretos.

Tras la Revolución de Octubre, bajo el dictado de lo que ellos llamaban la conciencia socialista, se decretan por el Consejo de los Comisarios del Pueblo las más tremendas negaciones que la Historia ha conocido: supresión de los vínculos de suelo y sangre que otorgan la ciudadanía; abolición de la familia en su sentido espiritual y social; derogación de los derechos de propiedad agraria—recordad aquello de que la tierra es para el que la trabaja, y recordad también cómo al dictar este decreto, quien trabaje la tierra se hará esclavo de las colectividades ordenadas por el Soviet, tal y como ahora viven, en el sitio que queda.

La Constitución soviética de 1918, la Reforma del año 1925, la Ley Declarativa del 23 y las reformas parciales de los años 1934 y 1938 han proclamado sin rodeos la más rotunda negación del sujeto del derecho político y también del sujeto de derecho privado: la negación absoluta del ciudadano. Nada más sorprendente que la concepción de la nacionalidad; sorprendente, desde luego, acaso para los pobres ciudadanos rusos, mas no para quien capte el significado de esta primera conquista del judaísmo universal, recreándose en la disolución de las nacionalidades. Es ciudadano de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas el proletario del mundo que esté afecto a la marcha de los rojos; no lo será aquel a quien corresponde este derecho por la sangre o por el suelo si a ellos no une su esclavización posible como simpatizante al comunismo. En otro caso tendrá peor derecho y más inferior consideración que las bestias nativas del país. Es la definición legal de aquella monstruosidad campeante en las paredes de nuestras Casas

del Pueblo, inscrita en las pancartas de los días de la algarada, lanzada a los vientos por el judío rancio y repugnante de las barbas irreverentes: «Proletarios de todos los países, uníos!» No había que buscar ni un mínimo rescoldo de calor y de unión entre esos invocados con lo que les era más inmediato y directo, con lo que era más exigido en el seno familiar, en el social, en el recinto adorable de la patria. No; había que buscar la unión contra algo que, inconcreto, deje sobre todas, esas cosas bellas y útiles. Y por esto cuando el comunismo impera en Rusia se les dice a aquellos hombres que ellos nada tienen que ver con su nombre, con su tierra, con su ser familiar, con sus afinidades próximas de la tradición consoladora, sino que se les titula ciudadanos en orden a su clase. No es preciso hacer parada y meditación en esto, que por sí mismo se determina y, trasciende. El primer derecho político, en la concepción natural, ontológica y sentimental, se anula.

La pertenencia a la ciudadanía es en cierto modo independiente a la voluntad del hombre, ordenada por el destino, por cauces y caminos no conocidos, como lo es siempre todo lo que tiene más valor en el alma. Por eso el Derecho público reglamentó siempre la ciudadanía con reconocimiento de las situaciones naturales de hecho preexistentes.

El derecho de propiedad tiene, como es sabido, las más celosas y singulares concepciones al trasluz comunista. En los días subsiguientes a la Revolución de Octubre se procede a la ocupación violenta de las tierras y la propiedad inmueble en general por la turba. Pero este hecho no es una negación del dominio, sino que es tan afirmativo como el robo; ya que a través de ambos lo que se hace es la sustitución de la relación de poder sobre la cosa de un sujeto a otro. El ordenamiento revolucionario, que había tomado como su instrumento mejor esta ambición de la gente, procedió seguidamente a la colectivización y a imponer al Estado como titular único de estos derechos. Poco importa que en el Código Civil, ya desde el año 1922, se reconociera el usufructo agrario sobre cuotas de terreno para el campesino, y poco importa porque este literario reconocimiento está en oposición terminante con la constitución de los «Kolyoses».

La capacidad civil, tratada en el artículo 4.º del Código de la R. S. F. R. S., y trasladada de allí a todas las leyes de las Repúblicas, en exacta concordancia con el trazo de la nacionalidad, la reduce a aquellos que importan sólo al Soviet, es decir, al miembro del «par» y, en menor escala, al simpatizante.

Las obligaciones, asimismo reguladas, no tienen aquella limitación, para su validez, de no atacar la moral y las buenas costumbres. Este principio está sustituido por la subordinación al interés revolucionario rojo en su más exaltada abstracción.

En cuanto a familia, regulada la institución por un Código especial para ella, basta recordar lo de todos conocido, esto es: que la unión de hecho se equipara al matrimonio, y que éste se disuelve a placer de una sola de las partes. Fácil es suponer con este presupuesto lo que es para el comunismo la relación paterno-filial. Los derechos sucesorios familiares, abolidos de primer intento, van siendo admitidos poco a poco, con limitaciones que cada día van perdiendo, al menos en las leyes, carácter y fuerza. Y es que, dado el vacío de pensamiento jurídico comunista, alcanzada la revolución, la fuerza de los hechos se impone, y algunas instituciones, por fuerza tradicional, siguen existiendo.

No basta el análisis de las disposiciones—por otra parte difícilmente al alcance de nosotros—para percibir la complejidad turbia de fenómenos latentes en el comunismo. La verdad es que un Estado nacido de una revolución reflexiva, concebida y planeada con la frialdad de quien, como Lenin, saca de sus manos una estructura social enteramente ajena a la Historia y a la tradición, sustituyendo a la Providencia por sí mismo, implanta un sentido de la vida sin religión y un ordenamiento reglamentario sin derecho.



#### AÑOS DECISIVOS

EL atentado de Sarajevo, en julio de 1914, no fué sólo el chispazo inicial de la gigantesca contienda que había de arrojar por primera vez unos contra otros a todos los pueblos del mundo. Fué, sobre todo, el punto de partida para una nueva era en la historia de la Humanidad, que si bien surgió como consecuencia directa de los trastornos producidos por la Gran Guerra, obedeció en realidad a un proceso mucho más hondo, iniciado a mediados del siglo anterior con las elaboraciones económico-políticas de Marx y Engels, y que había de llevar, al alcanzar las últimas fases de su evolución, a la formación de dos mundos irreduciblemente antagónicos. Dos mundos cuya lucha, que ha llamado veinticinco años de la vida europea, se encuentra ahora en su fase última y resolutive, en la del combate decisivo contra el monstruoso engendro estatal creado por la aplicación de las doctrinas marxistas a un inmenso pueblo de sí.

Son los "años decisivos", ciertamente previstos por Spengler. Ante el terrible peligro representado por la conspiración judeo-asiático-bolchevique, el mundo occidental despertó todas sus fuerzas, adormecidas en la molición de siglos de civilización, para salvar no su apariencia externa ni su estructura social y política presente, sino su misma esencia y su misma vida, lograda en una incesante evolución de milenios, desde los orígenes remotos de los pueblos indogermánicos hasta la era actual del superprogreso, pasando por la Grecia de Pericles, la Roma de Augusto y la de Pedro, y la España civilizadora de mundos. Por eso la reacción salvadora se representa en un pueblo por la cruz gamada de los arios; en otro, por los fascios de la ciudad cesárea; y en el nuestro, en fin, por los yugos y flechas de la catolicidad hispana.

Todos estos valores, que son en definitiva lo que los hombres han logrado de más trascendental, estaban amenazados de muerte por la gigantesca máquina disolvente creada en Moscú. Frente a ella, Europa había llegado al momento de mayor debilidad interna: el derrumbamiento de gran parte de sus concepciones tradicionales la había dejado casi inerte, sin cohesión y sin principios que oponer a la creciente ola de la invasión asiática. Y así llegaron los momentos más graves de su historia, lo que Waldo Frank, refiriéndose a la propia Rusia, llamaba "esas horas solemnes en que se salda una cuenta", que en el caso de Europa era la inacabable cuenta del pasado ochocentista y liberal, de la democracia y la burguesía, del parlamentarismo, el marxismo y la misma "prosperidad", ficticia creación material de los anglosajo-

nes; en una palabra, de todo el sistema político-económico hasta entonces existente, que se deshacía ante el avance implacable del comunismo. Por ello son dos los fenómenos que se producen en el primer tercio de nuestro siglo: el de la defensa de una cultura en peligro de muerte y el de la creación de nuevas normas políticas y sociales que aseguren la supervivencia de esa misma cultura. Pero estos dos fenómenos, alrededor de los cuales gira la vida mundial desde hace veinticinco años, son simultáneos y paralelos, ya que el comunismo no determinó tan sólo la defensa de lo antiguo, sino, sobre todo, la creación de lo nuevo, la reacción positiva y renovadora contra un sistema negativo y destructor y otro anquilosado y egoísta. Estos años decisivos son los que han evitado, se puede decir ya con certeza casi absoluta, que llegue a ser una realidad la "Untergang des Abendlands", la decadencia occidental anunciada en la misma concepción spengleriana.

Por todo ello tiene un interés primordial para la historia de nuestra época cuanto se relaciona con la lucha contra el comunismo, desde sus inicios hasta el glorioso momento actual de la decisión por las armas. Son veinticinco años de batalla constante, salpicada de episodios heroicos, en la que ha estado en juego todo cuanto de más entrañable tiene nuestro mundo occidental; el combate sin tregua contra los sin Patria y los sin Dios, contra la interpretación más descarnadamente materialista de la vida y de la Historia, contra la negación de todos los valores humanos. En esa rebelión salvadora de un mundo que se negaba a dejarse arrollar y en la magnífica resurrección de la energía vital de ese mundo, que ha sabido rebasar el límite puramente negativo de la defensa para lanzarse al ataque con las ideas y con las armas, está toda la historia del siglo XX y, sin duda, la base firme para el desarrollo humano en los siglos por venir.

#### LUCHA IDEOLÓGICA. LUCHA MILITAR

Dos fases principales se distinguen en esta lucha: la ideológica y la militar. La segunda, actualmente en pleno desarrollo, fué preparada por la primera. Habría sido inútil emprender la gigantesca Cruzada que, tras la etapa previa de nuestra guerra de Liberación, culmina ahora en la grandiosa acometida contra la fiera soviética en su propio cubil, si antes no se hubiera eliminado totalmente su influencia en la mente de las jóvenes generaciones y no se hubiera dotado a éstas de un fundamento espiritual lo suficientemente sólido para determinarlas a aceptar sin regateos ni vacilaciones la misión suprema que se les encomendaba.

Esta renovación ideológica, de la que ahora vamos a ocuparnos, ha sido, pues, el cerebro y el nervio motor de la empresa antibolchevique que ha unido por primera vez a la Europa moderna en una comunidad de sentimientos y de acción.

La necesidad de esta lucha en el terreno de las ideas se hizo notar desde muy pronto. Fué en 1848, el mismo año en que era derribada en Francia la Monarquía orleanista y caía en Austria Metternich, el alma de la Santa Alianza, cuando Marx y Engels dieron a luz su célebre "Manifiesto comunista", engendro pseudocientífico en que por primera vez se lanzaban a la faz de un mundo aun inconsciente respecto de los problemas sociales los dogmas proletarios de la lucha de clases y la explotación del trabajador, con su panacea de la socialización de la propiedad y los instrumentos de producción. Desde entonces, el llamado socialismo científico fué desarrollándose hasta llegar a la creación de la Primera Internacional, presidida por el propio Marx, el judío-de barbas inmensas y odio mezquino contra la sociedad que le había rechazado. Es de notar que ya entonces el marxismo, tal vez por ser sus creadores judíos y apátridas, aspira al internacionalismo; no se detiene en un país determinado ni representa una aspiración patriótica de reforma, sino que quiere saltar todas las barreras entre los Estados para implantar una dictadura universal del proletariado. Pero durante la segunda mitad del siglo XIX e incluso en los primeros años del XX, en que se funda la Tercera Internacional, la de los bolcheviques o maximalistas, el marxismo es a lo sumo un movimiento obrero de cierta envergadura que se combate con medidas de policía, pero no un peligro colosal y tangible contra el orden establecido. Para ello fué preciso que un gigantesco Imperio, el de los Zares, donde la incultura y la desigualdad social más extremadas oprimían a más de cien millones de seres, quedara sometido por entero a los designios destructores de los revolucionarios bolcheviques.

Desde los primeros días del siniestro octubre rojo, en que Lenin y Trolsky arrebataron fácilmente el mando del Estado de las manos incapaces y temblorosas de Kerensky apareció bien claro el peligro que el comunismo iba a representar para el mundo entero. Después de la orgía de crímenes de los primeros meses y cuando Europa estaba todavía sumida en la guerra, los soviets comienzan a organizar su estructura interna y, a la vez, su propaganda exterior. Cuando el 11 de noviembre de 1918 se firma el Armisticio que pone fin a la gigantesca contienda, Moscú dispone ya de la base necesaria para desarrollar la acción y del terreno más propicio para extenderla: el de los Imperios centrales, completamente destruidos por la guerra y sin fuerzas que oponer a la revolución proletaria.

#### EL COMUNISMO EN ALEMANIA

Es entonces cuando surgen las primeras manifestaciones del comunismo fuera de Rusia. Alemania, la nación más castigada por la guerra, que acababa de ver con doloroso estupor el derrumbamiento de los esfuerzos de más de cuatro años, era la víctima indicada. Aunque la intervención directa de Moscú no podía ser sino muy escasa, la semilla sembrada antes de la guerra era suficiente para aprovechar aquellos momentos caóticos del hundimiento de un Estado. En los primeros días de diciembre de 1918 se constituyen Consejos de obreros, y campesinos que asumen el Poder en Lübeck, Brema, Colonia y otras ciudades. El 8 del mismo mes, el comunismo se ha extendido a Leipzig y Munich. En Berlín, tras la salida del Kaiser para Holanda, se proclama la República, con un Consejo de comisarios del pueblo al frente. Días después se inicia la sangrienta sublevación de los espartaquistas, bolcheviques alemanes dirigidos por los judíos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que se adueñan de la capital. Su primer acto es la constitución de un Consejo de trabajadores y soldados, que "envía un saludo fraternal a Rusia y afirma su propósito de trabajar por la Revolución internacional". Por unos momentos parece que Lenin ha conseguido el objetivo que más ambicionaba;

pero Alemania todavía tiene reservas de espíritu nacional, y es el Gobierno del socialista Ebert el que se impone a los rebeldes. El 15 de enero, Liebknecht y Rosa Luxemburgo pagan sus crímenes con la vida.

Sin embargo, la agitación persiste, cada vez más apoyada desde Rusia. En marzo de 1919 mil doscientas personas caen muertas en las calles de Berlín a consecuencia de otro intento de espartaquista. El 7 de abril se proclama la República soviética en Munich, y el 9 en Brunswick. Ambas ciudades son liberadas poco después por tropas prusianas voluntarias. En los mismos días de 1919 un cabo austriaco del Ejército del Reich, Adolf Hitler, expone a varios amigos sus primeras ideas para un resurgimiento nacional de Alemania. Con la proclamación de la Constitución de Weimar se va restableciendo la normalidad; pero todavía en 1920 Max Hölz instaura una República comunista en el Vogtland y organiza un verdadero Ejército rojo, que es derrotado por el general Ritter von Epp, uno de los primeros caballos militares de la lucha anticomunista. Alemania no ha muerto, y desde entonces comprende que el comunismo es el más mortal de sus enemigos.

Simultáneamente los soviets se ven obligados a luchar por su propia existencia. El heroico Mannerheim reconquista de su poder el suelo finlandés, mientras Weygand dirige a los polacos en su empresa de extender sus fronteras hacia el Este, y los ejércitos blancos de Wrangel y Denikin tratan de rescatar a su país de la horda, sin lograrlo ante el empuje de las masas soviéticas. Poco después el comunismo emprende otra aventura exterior, la de Hungría, donde otro judío, Bela Kun, crea una República soviética, que se impone por el terror durante varios meses, hasta que el almirante Horthy, soldado del resurgimiento de Hungría, reconquista todo su territorio y expulsa al criminal dictador. En esta intención de intervención de Moscú ha sido ya más clara y abierta, y Bela Kun, que ha obedecido fielmente las órdenes del Komintern, marcha después de la derrota a



# de lucha contra el Comunista

## AGUIRE DE CARCER

se convierte en un esbirro más  
del rojo.

### ACTIVIDADES DEL KOMINTERN

Los todos estos intentos guerreros son  
fracasados y han fracasado por falta de  
preparación y preparación. Europa no  
está todavía para acoger a los  
"bolcheviques", y se hace preciso que la  
ideología prepare el terreno, a  
que los futuros golpes de fuerza  
vengan con todas las garantías del éxito.  
Desde su central de Moscú va  
preparando las redes de una organización  
que abarca al mundo entero, y que dis-  
pone de recursos ilimitados para el logro  
de sus fines. En doscientos millones de  
dólares al año calculaba una publica-  
ción socialista el importe de lo gastado  
por los bolcheviques en su propaganda exte-  
rior.

Los Estatutos del Komintern revelan  
el mayor disimulo cuáles son sus fi-  
nes. "La Internacional Comunista—dice  
el artículo primero—lucha por el es-  
tablecimiento de la dictadura universal  
del proletariado, por la creación de la  
Unión Universal de Repúblicas Socialis-  
tas." Para conseguirlo, el mun-  
do entero es objeto de un concienzudo es-  
udio, y, de acuerdo con las característi-  
cas peculiares de cada país, se monta un  
sistema de Organizaciones diver-  
sas: Partido comunista, Socorro Rojo In-  
ternacional, centros juveniles, culturales,  
femeninos, sindicales, etc.).  
Se introducen en todos los órganos  
de la vida del país. En cuanto a procedi-  
mientos, por si no fueran sobradamente  
eficaces en la práctica, las normas apro-  
piadas en los Congresos del Komintern los  
apoyan sin rodeos de ningún género.  
Este todo, que logra la desintegra-  
ción de las fuerzas que puedan presen-  
tar resistencia, diolver los sentimientos  
nacionales y patrióticos, los lazos mo-  
rales y religiosos y los vínculos familia-  
res. Para ello se lleva a cabo  
una constante propaganda de ateísmo e

incredulidad (los sin Dios), de negación  
de la familia y de la autoridad paterna,  
de fomento de los más torpes apetitos de  
la juventud. Y, junto a esto, los métodos  
de acción más violentos, sin escrúpulos de  
ninguna clase y apoyándose fundamen-  
talmente en la traición y el engaño: propa-  
ganda subversiva en fábricas, cuarteles y  
oficinas, huelgas, sabotajes, atentados y  
movimientos armados, en caso necesario.  
La férrea disciplina y sumisión absoluta  
que la Internacional Comunista exigía de  
sus afiliados hacia de éstos verdaderas  
avanzadas del Ejército rojo en países ex-  
tranjeros, utilizables cuando la máquina  
militar de los soviets se pusiera en mar-  
cha para destruir definitivamente al  
mundo capitalista.

Tal era el pavoroso instrumento del  
mal que el mundo civilizado tenía suspen-  
dido sobre su cabeza y con el que algunas  
democracias se permitían un "flirteo" insen-  
sato, que les ha conducido posterior-  
mente a su ruina. Pero al mismo tiempo  
surgían en Europa los movimientos que  
habían de dar la batalla al comunismo,  
sin una sola vacilación, comprendiendo  
plenamente su alcance y su significado.  
Es preciso destacar el hecho de que to-  
dos los modernos partidos totalitarios, si  
bien aspiran a un fin más hondo y du-  
radero que la mera destrucción del comu-  
nismo, ya que han creado toda una nueva  
concepción política y una distinta manera  
de sentir e interpretar la vida, han tenido  
en el comunismo su razón de ser prima-  
ria y han surgido esencialmente como  
grupos de combate contra a ideología  
bolchevique.

### EL FASCISMO

Fue Italia el primer país que dió la  
voz de alarma en medio de un mundo que  
no veía cómo se iba preparando su pro-  
pia ruina, sumido en la somnolencia plá-  
cida de la victoria de Versalles. Apenas  
terminada la guerra, fué tal el avance  
de las ideas socialistas y comunistas, que  
Italia llegó a un estado de verdadera des-  
composición social, sin que el sistema de-  
mocrático-parlamentario, en plena quie-  
bra, pudiera oponer la menor reacción.  
Como dice Rocco, "el Estado perdía con  
movimiento uniformemente acelerado, uno  
por uno, todos los atributos de la sobera-  
nía". Las contiendas políticas se resolvían  
en luchas armadas en que la victoria cor-  
respondía al más fuerte no en conteni-  
do doctrinal, sino en poder físico e inclu-  
so en armamento moderno. La indisciplina  
social había llegado a extremos caóticos;  
las huelgas, los atentados, los tumultos  
se sucedían sin interrupción ante un  
Estado indiferente que llevaba al país a  
la anarquía. Pero en este trance mortal,  
Italia encontró al hombre que había de  
salvarla: Mussolini. La creación en 1919  
de los Fascios de Combate señala el pri-  
mer obstáculo en la ruta del comunismo  
y el ejemplo a seguir por los demás pue-  
blos amenazados. Tres años después, cien  
mil milicianos marchaban sobre Roma y  
daban el Poder a su Duce. Entonces pue-  
de decirse que comienza la obra anticomu-  
nista europea.

La reacción no podía limitarse a una  
defensa cerrada de las instituciones exis-  
tentes contra el peligro marxista, tanto  
más cuanto que estas instituciones casi no  
existían ya. Era preciso oponer a ese or-  
den demolidor un orden nuevo, que, al  
responder plenamente al espíritu y las  
necesidades de la nación, hiciera imposi-  
ble todo intento de perturbación exterior.  
Había que encuadrar al pueblo en el Es-  
tado, fundirlos en una sola síntesis para  
que no fueran términos irreducibles, sino  
armónicos. Así lo vió Mussolini y creó el  
Partido como instrumento para incorpo-  
rar al pueblo en el Estado, y con él todo  
el sistema político totalitario y corpora-  
tivo que desde entonces es norma común  
de la renovación política europea, en la  
que el fascismo representa la vanguardia  
de las ideas y de las realizaciones.

### EL NACIONALSOCIALISMO

Más difícil todavía era la situación en  
Alemania, donde el marxismo ejercía una  
preponderancia casi absoluta sobre las  
masas obreras a favor de la estrechez  
creada por Versalles y de la estructura  
liberal forjada en Weimar. Ocho millones  
de obreros parados eran un terreno bien  
abonado para el crecimiento de las doctri-  
nas socialistas. Pero, además, el Reich fué  
en todo momento el objetivo primordial  
del Komintern, que comprendía la necesi-



dad ineludible de conquistar el gran país  
alemán. Por ello la propaganda soviética  
alcanzó en él proporciones fabulosas. An-  
tes del advenimiento de Hitler al Poder  
los comunistas contaban en Alemania con  
50 publicaciones periódicas. En las elec-  
ciones a diputados de 1932 los candidatos  
bolcheviques obtuvieron cinco millones de  
votos. Si Alemania hubiera caído en po-  
der del Komintern no hay duda de que  
éste habría dado el paso decisivo para su  
victoria mundial. Pero el espíritu germa-  
no estaba latente. Weimar no había po-  
dido sustituir a Potsdam y el nacionalsocia-  
lismo convirtió al Reich en el instru-  
mento más poderoso de la lucha contra la  
III Internacional.

El 25 de febrero de 1920 se celebró la  
histórica reunión de la Hofbrauhaus de  
Munich, en la que Hitler dió a conocer  
los 25 puntos de su programa de acción.  
El fracaso en 1923 del "putsch" intentado  
con el apoyo de Ludendorff no supuso  
un entorpecimiento sensible en el progre-  
so del Partido, que a partir de 1925 inici-  
ó su asombrosa marcha ascendente, de  
la que no hay antecedentes en la historia  
política contemporánea. En febrero del  
año 1930 Hitler obtenía seis millones de  
votos; en 1932, 13 millones; en 1933, 17  
millones. Paralelamente a esta labor, y si-  
guiendo un camino análogo al de los Fas-  
cios de Combate, se desarrollaba la acción  
directa de las S. A. y las S. S. contra el  
comunismo militante, única forma de com-  
batirlo con sus propias armas, porque,  
como señaló José Antonio con frase viril  
y justa, cuando todo lo más agrado es  
objeto de escarnecimiento y vilipendio, "no  
hay más dialéctica posible que la de los  
puños y las pistolas". Es entonces la épo-  
ca en que Horst Wessel, símbolo casi mí-  
tico de una juventud, se embriagaba de  
heroísmo en los suburbios del Berlín ro-  
jo, hasta ser alevosamente asesinado por  
sus enemigos mortales; la época en que,  
como dice la canción del mismo Horst  
Wessel, "la calle quedaba libre para los  
batallones pardos". En un solo año, el  
de 1932, el Partido tenía 82 muertos y  
9.715 heridos, pero al año siguiente Adol-  
fo Hitler era nombrado Canciller del  
Reich.

La lucha contra el comunismo contaba  
desde aquel momento con dos naciones  
poderosas y resueltas, de las que tuvo que  
desaparecer el Komintern con todos sus  
agentes. A la vez la ideología antibolche-  
vique y antidemocrática iba extendiéndose  
por Europa y amenazaba con hacer des-  
aparecer definitivamente todo resto de la  
propaganda comunista. El momento era  
grave para los dirigentes del Kremlin. Se  
hacía preciso acelerar la marcha de los  
acontecimientos y asegurar las posiciones  
que aun eran conquistables. Con este fin  
el Congreso del Komintern celebrado a fi-  
nes de 1935 lanzó la consigna de los  
"Frentes Populares." Por primera vez el  
Partido Comunista se prestaba a entrar

en combinaciones políticas con partidos  
más o menos burgueses, para precipitar la  
revolución mediante su participación en  
la esfera del Poder. A comienzos de 1936  
el Frente Popular era una realidad en  
España, Francia y otros varios países.

### LA MISION DE ESPAÑA

Llegamos así a la segunda fase, la de-  
finitiva, de la lucha de la civilización con-  
tra el comunismo. En Francia, y sobre  
todo en España, el Komintern va logran-  
do rápidamente sus propósitos. Después  
de las elecciones de febrero de 1936 el  
Frente Popular ocupa el Poder y se ini-  
cia el proceso de descomposición prepara-  
do desde Moscú. España contempla con  
espanto el progreso, cada vez más pater-  
te, de su bolchevización. Durante varios  
meses se suceden con ritmo acelerado los  
atentados, incendios, saqueos, asesinatos y  
demás procedimientos dictados por Stal-  
lin. Pero cuando todo parecía perdido sur-  
ge, al igual que en Alemania e Italia, un  
Caudillo providencial que salva a la Pa-  
tria en su hora más difícil. Y España  
emprende su gesta sin igual de tres años  
de heroica guerra contra el bolchevismo,  
ayudado por la U. R. S. S. y por las com-  
plicidades democráticas, hasta culminar  
en la victoria total y rotunda de la civi-  
lización, definitivamente vencedora mer-  
ced a la espada de Franco.

La guerra de España señala el comien-  
zo de la etapa final. Por primera vez la  
lucha entre el bolchevismo y sus enemi-  
gos se ha concretado en el terreno de las  
armas. Lo que empezó por presentarse en  
forma de contienda ideológica entre dos  
grupos de españoles, se ha convertido des-  
pués en una intervención descarada de la  
U. R. S. S. contra la España nacional. La  
campana española es así un prelude he-  
roico de la que Europa tendría que lle-  
var a cabo para acabar con la amenaza  
de la Internacional Comunista. La batalla  
contra Moscú ha rebasado los límites in-  
teriores de las luchas políticas nacionales  
para saltar al terreno internacional y  
convertirse en batalla ideológica entre na-  
ciones. Se hace preciso en consecuencia  
reforzar los instrumentos de lucha en ese  
mismo terreno, y para ello surge a fines  
de 1936 el Pacto Antikomintern, firmado  
originariamente por Alemania y el Japón  
el 25 de noviembre de 1936.

### EL PACTO ANTIKOMINTERN

Apenas es preciso subrayar la impor-  
tancia de este Pacto, que introduce un  
nuevo factor en la esfera de las relacio-  
nes internacionales. Se trata por primera  
vez de un Acuerdo no militar político, si-  
no ideológico. Son los propios bolcheviques  
los que han afirmado repetidas veces que  
el Komintern no es lo mismo que el Esta-  
do soviético; distinción notoriamente in-  
exacta, ya que precisamente el Estado ru-  
so es un instrumento puesto al servicio

(Pasa a la página 14.)

# EL CINE SOVIETICO

Por F. HERNANDEZ-BLASCO



Una escena de «El acorazado Potemkin»

EL cine es como un espejo maravilloso donde se refleja con asombrosa nitidez lo interno y lo externo de las cosas, de las personas y de los pueblos. Nada que pueda coadyuvar a definir de un modo concreto la psicología de un individuo se escapa a la mirada escrutadora de la cámara. Es inútil que se intente ocultar o falsear los hechos con el fin de engañar. Más tarde o más temprano, esa serie incalculable de detalles nimios y aparentemente

es verdad que al principio sus obras no denotaban una calidad extraordinaria. Poco después el polaco, residente en Rusia, Wladyslaw Starevitch, profundo conocedor de la técnica cinematográfica y un experto en la fotografía, da a conocer «Russland y Ludmila», según la obra de Puchkin; «La noche de Navidad», siguiendo el famoso cuento de Gogol, y «Venganza terrible», tomado de otra obra de este último; cintas magníficas que nadie fué capaz de superar. Chardin y Starevitch fueron los más sólidos pilares que tuvo el cine eslavo en aquellos tiempos anteriores a la Revolución. La producción se acrecienta de un modo considerable durante la Guerra Europea, y cuando estaba en pleno auge estalla la revolución de octubre de 1917.

Después de la Revolución, y como consecuencia de las persecuciones, asesinatos, saqueos, etc., cometidos por el soviét contra toda persona o entidad que pudiera parecer sospechosa, el cine ruso atraviesa una grave crisis, hasta que en agosto de 1919 se decreta la nacionalización del séptimo arte. Existe una frase de Lenin que prueba hasta qué punto preocupaba a los soviets el cine: «De todos los artes, el más importante para Rusia, en mi opinión, es el cinematógrafo.»

Y cuando el cine soviético comenzaba a resurgir aparecen los tres directores más importantes que ha tenido el cine comunista: Eisenstein, Pudovkin y Dziga Ver-



Un primer plano típicamente soviético

bre y el asombro provocado por la nueva modalidad del cine parlante. Este momento crucial—indeciso y expectante—para la cinematografía de todo el mundo fué aprovechado por los soviets para lanzar a todos los mercados sus películas de propaganda destructora. Sería ingenuo a estas alturas quererlas negar su calidad técnica, aunque en realidad este cine, que produjo un movimiento de estupor y asombro en todas partes, no fuera en realidad más que una forma de expresión primitiva y brutal.

Todo el cine soviético se ha caracterizado por su manera despiadada, cruda y salvaje de tratar los argumentos, presentados siempre con un realismo excesivamente violento y tético. Con un poco de observación es fácil notar que este realismo resulta desequilibrado y falso.

La casi totalidad de las cintas soviéticas han sido concebidas con una audacia increíble, que pone de manifiesto la total carencia de sentimientos humanos. En aquellas escenas trágicas y deprimentes de «El acorazado Potemkin», en que la bala del cosaco destrozaba el cráneo del chiquillo en la escalera de Odesa, o las de las filas de soldados que avanzaban disparando sobre la tranquila y pacífica multitud, nos parecieron, más que la propia encarnación de la fatalidad, el producto de un cerebro enfermizo y decadente.

El realismo frío y desnudo de calor humano es tan exagerado que se sale de los límites naturales para degenerar en una suciedad morbosa y alucinante de fantástica pesadilla. Muy rara vez en sus escenas vimos aparecer esa suave y delicada ternura capaz de compensar lo acre y pestilente de las otras, cuya mayoría es abrumadora, por no decir absoluta. Pero la bondad, la piedad y la dulzura son cualidades, más que dormidas, totalmente ausentes del pensamiento y la conducta de los soviets.

Y pocos países podrán hacer esta afirmación con tanto conocimiento de causa como España. Ellos, en su ansia desmedida de poderío, pretendieron desde nuestro

suelo asestar el golpe mortal a Europa. Pero cometieron un error gravísimo al olvidar que España jamás fué tierra de conquista ni admitió yugos de ninguna nación extranjera.

Durante nuestra guerra de Liberación se proyectaron en la zona «roja» de Madrid, Barcelona y Valencia varias películas y noticiarios en los que no faltaba el clásico desfile en la Plaza Roja de Moscú, pero todos con la misma tendencia morbosa. Y, lo que es peor, un cine ya degenerado, copia exacta del americano de la peor escuela, sin originalidad ni calidad. Los temas burdos, soeces y bárbaros, daban idea bastante exacta de la situación rusa de estos últimos años.



Pudovkin

## EL DEPORTE EN LA U. R. S. S.



Sabida es la porteción dispensada por el Estado comunista a las más variadas manifestaciones deportivas. Los resultados son evidentes. Aquí ofrecemos un escogido plantel de campeones de ambos sexos, que se disponen a correr con farol, timbre y merienda, un campeonato ciclista militar sobre el circuito Bargusino-Ulan-Ulé-Bargusino.



Una escena de la película «Groza» («La tempestad»), filmada en los estudios de Leningrado

insignificantes conducirán al camino cierto que lleva a la verdad. El cine, precisamente porque ante todo es un espectáculo de masas, acostumbra a convertirse en un arma terrible de dos filos y de muy difícil manejo, por muy inteligente y práctica que sea la persona que intente usarla en el atacar. Hasta hoy todos los países han reconocido su enorme poder de captación y su eficacia, constructiva unas veces, destructiva otras, o ambas a la vez, como ha sucedido en bastantes ocasiones. Rusia, como es natural, tampoco podía negar la valía indiscutible de este invento, al cual adaptaron con excesiva premura los principios de su naciente política para lograr más rápidamente vencer a esa masa amorfa y apática de las «grandes verdades» de la doctrina comunista. Sin embargo, es necesario advertir que el cine existía bastantes años antes de que los soviets subieran al Poder.

Durante la época zarista el cine ruso tenía ya una personalidad propia y bastante definida, capaz de dar a su naciente producción un estilo distinto, no sólo por su técnica, sino también en su concepción, al de los restantes países. Por una extraña, aunque comprensible, reacción del espíritu ruso, fué la cinematografía danesa la que influyó de manera más acusada y terminante en su producción, precisamente por su sobriedad y pureza humana. Hasta tal punto se acusó esta influencia, que durante algún tiempo el cine llamado propiamente ruso era un fiel reflejo de lo que producían los países escandinavos.

Piotr Chardin, primer director que merece íntegramente este nombre, a quien se debe, entre otras realizaciones, «El lampo de San Petersburgo», «La guerra y la paz» y «La sonata a Kreutzer», llega a ser uno de los realizadores más interesantes de la Rusia de entonces, si bien

los dos primeros bastante conocidos en España. Ellos solos fueron capaces de llenar con sus obras la etapa más difícil y dieron a conocer las mejores películas soviéticas.

Una gran parte de «intelectuales» de todo el mundo—no podían faltar entre ellos los españoles—hablaron y defendieron al cine soviético, atraídos no sólo por la novedad de lo desconocido, sino también por la extraña manera empleada por la producción rusa para meterse en todos los países, en los cuales siempre quedó triste huella de su terrible y pociva propaganda. Y sin embargo, y aunque parezca extraño, en sus mismas películas es donde mejores armas se encuentran para combatir su propia doctrina.

Cuatro son las películas que merecen destacarse de toda la obra de Sergio M. Eisenstein. Todas ellas producidas en un plazo de cuatro años—«La huelga» (1924), «El acorazado Potemkin» (1925-26), «Octubre» (1927) y «Viejo y nuevo», que en un principio se tituló «La línea general»—y proyectadas en España, aunque con preferencia en sesiones de cineclub.

Vsevolod Pudovkin, más metódico y amigo del detalle, es tan crudo y brutal en su concepción puramente cinematográfica como el mismo Eisenstein, aunque sus películas, en conjunto, parezcan menos sombrías y fatalistas. De ellas las más conocidas e importantes fueron «La madre» (1926), basada en la novela de Gorki; «El fin de San Petersburgo» (1927) y «Tempestad sobre Asia» (1928).

Muchos factores influyeron para que el cine soviético adquiriera tan excesiva importancia. Los principales fueron el aniquilamiento moral y económico que padecieron la mayoría de los países después de la Gran Guerra; las dificultades de exportación y más que nada la incertidum-

# El Ejército español en la lucha contra el comunismo

Por RAMON ARMADA

**G**UARDADOR celoso de las esencias tradicionales de la Nación, religiosas y heroicas, el Ejército español tenía fatalmente que surgir como primero y más temible obstáculo en la marcha de toda idea disolvente que, para destruir a aquélla, pusieran en movimiento las fuerzas de la antiespaña.

Símbolo de la fuerza al servicio de la Historia, base del poder del Estado y representación genuina de la Unidad, contra esta institución cargada de gloria era preciso dirigir toda clase de actividades para socavando su elemento de cohesión, la disciplina, poder alinearla como un factor más al servicio de la causa del odio o, cuando menos, restándole su eficacia, conseguir que desapareciera como barrera infranqueable al avance arrollador de la funesta doctrina.

Bien preparado el ambiente por la decadencia liberal del siglo XIX, abrumado por las gloriosas derrotas sufridas en sus últimos años, en cuyo desarrollo el Ejército puso la gloria, y la ceguera de los gobernantes y la alegre inconsciencia de un pueblo que celebró con toros y verbena la desgracia de las últimas jugadas de nuestro imperio colonial, pusieron la derrota, entra el Ejército en el siglo actual, donde bien pronto va a encontrar al ocupado enemigo interior de España en la demagógica marcha que la política emprende, abriendo inconscientemente paso a lo que años más tarde se va a convertir en el enemigo de toda civilización y de toda cultura.

Invasadas las clases directoras y las intelectuales de absurdo y antiespañol pacifismo, absurdo por lo inútil, ya que un statu quo, de pasividad bélica, no podía convenir a los intereses de una Nación que lo había perdido todo y que sólo en una educación y orientación contraria podía encontrar algún remedio a la cuiebra de su Imperio, y antiespañol porque España fundó y colmó su grandeza con la espada y por la espada, y por ello tuvo aquella sus características de generosidad, desinterés y sacrificio, que permitió alumbrar y tornar un mundo nuevo, galardón que no le hubiera sido reservado si su principal instrumento de poderío hubiera sido un comercial libro de Caja.

En conferencias, en discursos y en mítines se fomenta abiertamente un antimilitarismo, que quizá reconociera por origen juveniles rivalidades amorosas, y en las cátedras se va formando una juventud universitaria que bajo ese signo dará más tarde los más interesantes y más peligrosos partidarios del comunismo y de las comunizantes o afines.

Cuando felices circunstancias, dolorosas, valga la paradoja, provocan en una época de marasmo un movimiento de vida que nos va a permitir empezar a jugar de nuevo un papel en el mundo, la política de partido intenta oponerse a la acción militar, y la llamada semana sangrienta de Barcelona en el año 1909 prueba hasta qué punto las ideas de la antiespaña habían ganado terreno, como consecuencia de la acción de unos jefes políticos, alguno de los cuales llegó en los tiempos de la República a ser considerado como el prototipo del orden y del sentido español, naturalmente, en el campo republicano, y la inacción de los que sólo veían en los tristes sucesos no sólo quebra de unos principios, sino un motivo sensacional que comentar con patética facilidad y elegante ademán en las fórmulas sesudas del Parlamento.

En la campaña de Marruecos, desde su origen hasta su terminación, declarada en octubre de 1925, es, dicen Arelliza y Castiella, el Ejército de España—casi diríamos sólo el Ejército—quien acude en auxilio del Gobierno; son dieciocho años de inintermitente sacrificio, de gestas heroicas, de abnegación silenciosa, de servicio ejemplar. Dieciocho años que afirman la resiliencia y de las altas virtudes de nuestra raza y del prestigio de nuestras armas, y del prestigio de nuestra raza y del prestigio de nuestras armas, y del prestigio de nuestra raza y del prestigio de nuestras armas.

encontró totalmente solo de sus políticos y del pueblo, y fué la única excepción (vuelve a hablar Castiella) "un solo apoyo trascendental e invariable que sostenía con tenacidad la acción del Ejército: la inequívoca voluntad de Alfonso XIII", a cuya "personal intervención se debe en gran parte que España se halle hoy presente en Marruecos", y por cuya postura se concitó "el odio frenético de la izquierda, de las fuerzas sombrías de la revolución roja", que durante todo aquel tiempo, vendidas intelectual y muchas, prácticamente a los enemigos de España, obstaculizaron todo lo que pudieron la acción del Ejército, llegando a hacer sus aliados hasta a personas que no militaban en sus filas de la anti-España; pero por una inconsciencia inexplicable servían en sus veleidades políticas sus intereses, llegando a asegurar, con mejor fe que acierto, que a Marruecos no se enviará

indirecta de Moscú, con anterioridad a esta fecha numerosos hechos prueban lo contrario, y de los que citaremos algunos como más expresivos de los auxilios y cordialidad existente entre ambas causas en enlaces sostenidos por el cabecilla con los comunistas Zinoviev, Rappoport, Marcel, Cachin y otros.

En fin de diciembre de 1924 el correspondiente en Moscú de "Extrablads", de Copenhague, anunciaba que el Comité Central había enviado cinco millones de francos al "Jefe rifeño" por intermedio de Guilbeaux y Müzenberg; por la misma época, los directores de la Sección francesa de la III Internacional, encabezados por Semard y Doriot, enviaron un telegrama a Abd-el-Krim manifestándole "su esperanza de que después de su victoria definitiva sobre el imperialismo español, continuaría juntamente con el proletariado francés y europeo la lucha contra to-

manifestaba aún en el envío de un pintoresco emisario, cuyo nombre caído por no darle honores de publicidad, para ofrecer la paz, y en la conducta del entonces Residente general de zona francesa, que militaba en campo político afín al comunismo. Hasta sus últimos momentos de rebeldía le llegó al cabecilla el apoyo comunista, ya que, como dijo Zinoviev en el segundo Congreso Internacional: "con ese apoyo a Abd-el-Krim se crearán graves complicaciones a Francia; éste (el apoyo) es uno de los elementos más importantes que poseemos y pensamos utilizar".

Después de acabada la guerra en Marruecos sigue el Ejército teniendo que luchar con la propaganda comunista, que procedente de Argelia, Túnez, Marruecos francés y Tánger, intenta penetrar en la población indígena, unas veces descaradamente y otras vistiendo las ropas del panislamismo o del nacionalismo árabe; campo que se le ofrece propicio en aquellos momentos, y que no desperdicia Moscú en sus actividades, que, según la conferencia celebrada entre los representantes de los partidos comunistas de Siria y Palestina en el año 1932 para fijar el programa a llevar a cabo en los países musulmanes, deben consistir para Marruecos "en reforzar los grupos de comunistas existentes, que se esforzarán en organizar y constituir el movimiento antiimperialista que surge espontáneamente, uniéndolo a la lucha contra las clases superiores y a la lucha de obreros y campesinos por sus reivindicaciones diarias".

Contra esta propaganda, es únicamente el Ejército el que lucha en Marruecos, ya que los cargos políticos están en manos de la desgraciada política republicana, que más favorece que impide el desarrollo de la anti-España, y por sus órganos de información, por la eficacia y presencia de sus unidades y, sobre todo, por la constante e inteligente labor de las Intervenciones Militares, que aunque en aquel tiempo no se llamen ya así conservan la solera y, felizmente, gran parte del personal de jefes y oficiales, hacen impotentes cuantos esfuerzos hace la propaganda comunista que llega de todas partes y por todos los medios, entre ellos desde París directamente a Tánger en los aviones de la Compañía Air France, cuyos intereses e inviolabilidad guardan celosamente las autoridades diplomáticas de su nación.

Mientras tanto en España el enemigo se ceba encarnizadamente en el Ejército, quebranta su disciplina con medidas improcedentes, otorga mandos y puestos a jefes de su confianza, que excepcionalmente encuentra y en muy escaso número, y que, afortunadamente, son los menos capaces y, por ello, amargados, que buscaron en la política los triunfos que le negaba su corta capacidad profesional; las "células" comunistas en los cuarteles luchan por abrirse camino; y en el ánimo de todos está aún que el máximo programa de un bilioso gobernante se tradujo en "triturar al Ejército".

Contra todo ello se defiende el Ejército; en lucha heroica, aunque silenciosa, sufriendo las acometidas del exterior y procurando que no se resquebraje el interior ni los cimientos del edificio, trabaja constantemente sin temor a persecuciones orgánicas ni personales y consigue con su resistencia a morir como único instrumento de la defensa y de la conservación de la Patria, y en 1935, en su discurso del día 19 de mayo, José Antonio lo titula "la garantía más fuerte y todavía más sana de todo lo permanente español".

De cómo llenó su tarea, de cómo conservó las esencias españolas de que era y es depositario, lo dijo elocuentemente el 17 de julio de 1936 con voz de cañones y de verdad en defensa de una verdad absoluta, de España y su destino, permitiendo y llamando a su lado a los hombres de buena voluntad en defensa de la Madre común, constituyendo la osamenta y el sistema nervioso del Cuerpo Nacional en conmoción y cumpliendo, aplicada a una colectividad, la frase de Spengler: "Las civilizaciones las salva siempre un puñado de oficiales."



El soldado español marcó con su viga, a lo largo de tres años de lucha decisiva, las fronteras de la Patria en armas

"ni un hombre más ni una peseta más".

A más del enemigo comunizante de España, se encuentra el Ejército con el comunismo en la guerra de Marruecos. Empezada en forma y orígenes totalmente ajenos a él, se manifiesta, sin embargo, al surgir la figura de Abd-el-Krim, a quien alguien ha llamado "el primer agitador comunista de la Zona".

Efectivamente; el principal apoyo de este cabecilla no fueron las cabillas rifeñas que circunstancialmente le dieron su fuerza, sino el que recibió de un grupo financiero judío e internacional y del comunismo, tanto directamente desde Moscú como por intermedio del comunismo francés, que llegó a compararlo en sus reuniones del mes de abril de 1925 a Sun-Yat-Sen, libertador chino.

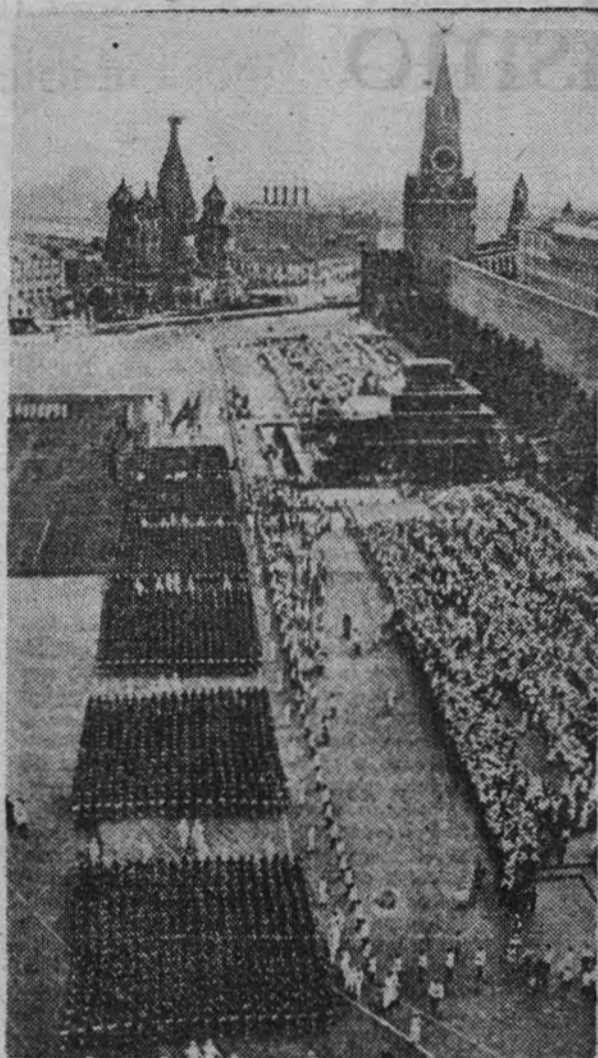
Aunque en enero de 1926 la agencia Tass desmintiera toda relación directa e

indirecta de Moscú, con anterioridad a esta fecha numerosos hechos prueban lo contrario, y de los que citaremos algunos como más expresivos de los auxilios y cordialidad existente entre ambas causas en enlaces sostenidos por el cabecilla con los comunistas Zinoviev, Rappoport, Marcel, Cachin y otros.

Bastan estos botones de muestra para señalar el enemigo oculto con el que ya se encontró el Ejército español en Marruecos, y de lo que no quedó lugar a duda alguna después de la documentación cogida en la casa de Abd-el-Krim en Ait Kamara, en el año 1926, cuando en plena derrota la ayuda comunista se

# EJERCITO Y COMUNISMO

Por JACOBO DE ARMIJO



Desfile del Ejército rojo en la Plaza Roja

**C**ONSTITUYEN las teorías marxistas la negación más absoluta de todas las virtudes militares, y principalmente de aquellas que son la firme base en que siempre, desde los más remotos tiempos, descansara la organización castrense: disciplina, respeto y obediencia al superior; mando firme y único; todo esto, tan esencial que sin una rígida observancia el Ejército se convierte en horda, es combatido y negado por las propagandas marxistas.

Aparte de estas virtudes militares, que pudiéramos llamar básicas, el comunismo intenta desarraigar asimismo en el individuo todos aquellos estímulos morales que le harán en su día combatir sin reparar en la fatiga ni en el peligro, desarrollando hasta el máximo sus condiciones de luchador; las que son la clave de los hechos heroicos y sobrehumanos; de la superación y del desprecio ante el peligro: Patria, Familia y Religión, los tres grandes ideales que siempre movieron al hombre, son ferozmente atacados y combatidos por la propaganda comunista.

Y repetimos "por la propaganda", porque otra cosa sucede al ser conquistado por ellos el Mando y el Poder. Entonces, los que predicaron la indisciplina y la desobediencia; los campeones del triunfo de la masa, de la dictadura del proletariado, exigen la más absoluta sumisión por parte de las mismas muchedumbres que lanzaron a la revuelta y al pillaje; y la "teórica" dictadura de las masas es hipócritamente sustituida por la del más feroz e implacable de los tiranos.

Es más, aquellos mismos conceptos por ellos borrados de la mente de los infelices pueblos a que impusieron su dominio son puestos de nuevo en circulación cuando las circunstancias lo han exigido, y así podemos presenciar cómo en la Rusia de los sin Dios se invoca actualmente la idea de Patria, tantas veces negada—"Los proletarios no tienen Patria", reza el credo marxista—, para enviar a la lucha nuevas oleadas de combatientes, a los que ya no se puede galvanizar con la consigna internacionalista de que van a luchar por el bienestar de los proletarios de todo el mundo.

Con este doble juego, adaptado a las circunstancias, que ha llevado y sigue llevando adelante el Komintern (Komunisticheski Internatsional), se intenta, se provoca la descomposición del Ejército en los demás países, sin distinción de que sean amigos o enemigos, y con mayor o menor intensidad, con arreglo a las facilidades que en ellos encuentren para su propaganda (las democracias, hoy sus aliadas, son, por lo tanto, terreno sumamente fértil para lanzar la semilla).

Ejemplo y triste experiencia de estas actividades del Komintern hemos tenido en nuestra propia Nación, en la que la complicidad del Frente Popular con los propagandistas de Moscú estuvo a punto de sumir a España en el caos comunista, de cuyos horrores nos salvo—y esto nunca debe ser echado en olvido—la victoriosa espada del Caudillo.

Tanta importancia da el Komintern a esta labor de soviétización de los Ejércitos extranjeros, que una de las más importantes Secciones de su Comité Ejecutivo es la Militar, dirigida por una troika o triunvirato supremo, que organiza Comisiones y Delegaciones locales y de unidad. Esta Sección prepara los planes sub-

versivos en el extranjero; organiza las células en cuarteles y dependencias militares, edita y reparte folletos y periódicos clandestinos y realiza misiones de espionaje en colaboración con la O. G. P. U. y con el "Rasvedrup" o 4.ª Sección del E. M. rojo.

Paralela a esta Sección actúa un organismo llamado "Am-Apparat", encargado de controlar, estimular y dirigir el celo comunista de las fuerzas armadas, con un carácter más bien político-militar. Se dedica también a la falsificación de pasaportes, envío a los países capitalistas de agentes secretos, armas y explosivos para actos terroristas y subversivos, creación en el extranjero de centros de propaganda secreta, etc., etc.

Una de las más cuidadas labores de la propaganda comunista consiste en la captación de las juventudes, organizando las secciones de "pioneros" y encomendándoles como tarea principal la propaganda subversiva en los cuarteles y el sabotaje en fábricas e industrias. Asimismo se presta gran atención a la bolchevización de la mujer como medio eficaz de deshacer la familia, institución la más odiada por el comunismo por su influencia en la formación religiosa del niño.

De esto último sabemos bastante por experiencia propia los que, presos en la zona roja, presenciábamos los intentos de asalto a las cárceles y los desmanes, atropellos y provocaciones cometidos por esas desgraciadas mujeres, que envenenadas por el odio marxista habían perdido todas las dulces y atrayentes características de la feminidad, no obstante la juventud de las más, para convertirse en unas "tierras", dignas de figurar como modelos de los alucinantes "Caprichos" de Goya.

## EJERCITO DE LA U. R. S. S.

Rusia, la nación que alardeando de pacifista mantenía en Ginebra, ante las poco avisadas democracias, por medio de su representante, Litvinov, el engañoso espejuelo de la seguridad colectiva, creaba mientras tanto, al amparo de sus herméticas fronteras, el instrumento con que pensaba imponer su dominio al mundo: el formidable Ejército rojo.

Nada se escatimó para ello: los sucesivos planes quinquenales; la producción íntegra de la U. R. S. S., convertida mediante un gigantesco esfuerzo en potencia industrial; todo se dedicó a satisfacer las necesidades del monstruoso Ejército con que soñara la megalomanía staliniana.

No puede negarse que el tesón y los considerables medios puestos por el dictador rojo al servicio de este propósito dieron sus resultados; y al descorrerse el velo que ocultaba sus preparativos para la invasión de Europa, merced al impetuoso avance de las divisiones germanas, el Ejército rojo era potentísimo, estaba dotado del más abundante y perfecto material y poseía una organización militar a la que no podía oponerse ningún reparo.

La máquina guerrera estaba lograda. Veinte años de esfuerzos, la miseria del resto de la población de la inmensa Rusia, sacrificada al logro de este poderoso Ejército; todo esto había tenido su compensación en el sentir del Zar rojo. Había llegado el momento de imponer al mundo su voluntad, de ir más allá de lo que soñaran los más imperialistas Zares. La U. R. S. S. tendría acceso al Atlántico y al Mediterráneo; dominaría en los Balcanes; llegaría a controlar la navegación por el Danubio...

Pero avanzaron los ejércitos germanos y sus aliados en la Cruzada anticomunista y el soberbio instrumento guerrero falló. Dificultó los avances, definió desesperadamente el terreno, luchó y sigue luchando en la tierra y en el aire con tesón y energía; pero tuvo que ceder ante el empuje de sus contrarios, y hoy día, roto y desarticulado, no le queda de aquel brillante conjunto, en que tantas esperanzas pusiera Stalin, más que la masa, siempre enorme y espesa, pero sin alma ni fe, que combate con el ardor de la desesperación, tratando de detener por unos días o por unas horas el avance metódico e irresistible de las fuerzas antibolcheviques.

Hay que preguntarse ante los hechos: ¿A qué obedece este desastre sin precedentes? Esto es lo que vamos a pretender investigar ahora con los escasos e incompletos datos que la distancia y el hermetismo de que hasta hace poco estuvo rodeado todo lo relativo a la U. R. S. S. han conseguido llegar a nuestro conocimiento.

El comunismo, que pretende desorganizar con sus propagandas subversivas los ejércitos contrarios, tenía necesariamente, al crear el suyo propio, que falseara sus consignas o interpretaría caprichosa y arbitrariamente.

Parte ya, pues, en su organización de una base falsa y movieda. El Ejército rojo tiene su nacimiento, una vez anulada y borrada por completo la tradición del antiguo Ejército zarista, en una horda de soldados y marineros sublevados; en el "Soviet de obreros, soldados y campesinos". Es, además, un Ejército "de clase",

«Nuestra conducta de hoy ha de ser la rectificación completa de lo ocurrido en aquel siglo. Hemos de barrer lo que enturbió nuestra Historia con sus parcialidades, divisiones y rencillas; no podemos caer en aquel abismo por mucho que el oro extranjero ruede por España comprando conciencias y sobornando voluntades para crear afrancesados que, lo mismo que los de antaño, entreguen nuestra Nación al enemigo, ofreciéndosela destrozada, exhausta y dividida.»

(Del discurso de Franco en La Coruña.)



Otro desfile del Ejército rojo hacia los campos de concentración

al que, en principio, no tenían acceso sino aquellos que pertenecían al partido comunista y cuyo celo revolucionario había quedado bien probado en las diferentes pruebas a que habían de ser sometidos. El resto de la juventud en estado de tomar las armas no recibía sino una breve y somera instrucción militar y constituía la "Milicia territorial" o fuerzas de reserva.

Al asumir el mando supremo del Ejército Timochenko, después del fracaso de Finlandia, decretó el servicio militar obligatorio; pero el poco tiempo transcurrido hasta la entrada de Rusia en guerra con Alemania nos hace suponer que esta medida no ha podido tener consecuencias importantes en cuanto se refiere a la instrucción de los nuevos contingentes.

El reclutamiento de la oficialidad es también, por las mismas causas originales, bastante deficiente. El procedimiento de selección es el siguiente: Entre los suboficiales y soldados más despejados se elige por los comisarios políticos a unos cuantos jóvenes entre los dieciocho y veintitrés años, naturalmente, de filiación comunista, a los que se les hace llenar un extenso formulario, que comprende un centenar de preguntas relativas a sus opiniones, sus amigos, familia, etc. Los obreros son preferidos a los campesinos, y el grado de instrucción no es tenido en cuenta, pudiendo incluso elegirse a los analfabetos.

Este sistema proporciona, como puede verse, una oficialidad de un nivel cultural bajísimo, tanto que, según una estadística del año 1937, los 45.000 oficiales que existían en el Ejército rojo se dividían así: 5.000 procedentes del antiguo Ejército zarista; 25.000 procedentes de las 152 escuelas militares elementales soviéticas, con una instrucción muy deficiente, y 15.000 que no habían recibido ninguna instrucción ni militar ni general, abundando entre ellos los que no sabían leer ni escribir.

Pero con ser todo ello fundamental y explicar por sí solo la falta de espíritu militar y eficiencia de un ejército, es a la institución de los comisarios políticos, privativa del régimen soviético y espina dorsal del Ejército a la que se debe en su mayor parte la inferioridad moral de las tropas rojas ante los ejércitos europeos.

A los dirigentes del Komintern les ha interesado siempre mucho más conocer las ideas y tendencias políticas de sus jefes y oficiales que su instrucción militar. Para vigilarlos y estar siempre bien enterados de ellas existen unos misteriosos organismos, de cuyos informes dependen la libertad y, a veces, la vida de aquéllos.

En cada unidad funciona un "Comité", compuesto de soldados, que asesora al comisario político. Este es el adjunto, como si dijéramos la sombra del oficial, cuyas órdenes discute y a menudo anula, restándole en absoluto todo prestigio.

Entre las modificaciones, a que antes aludimos, que introdujo el mariscal Timochenko en el Ejército rojo figuraba la supresión de los comisarios políticos, cuya medida se consiguió devolver por algún tiempo algo de su prestigio a la oficialidad; pero esta medida fue poco duradera, pues, al parecer, el Comisariado restablecido al poco tiempo en el Ejército.

# DE LA GUERRA EN RUSIA DEPENDE EL PORVENIR DE EUROPA

La campaña del Este, moral y materialmente, difiere de todas las demás.—En esta lucha se juegan intereses espirituales y culturales de alcance incalculable

Por JOAQUIN IUSTE

La guerra emprendida por Alemania y las naciones a ella aliadas contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas puede ser considerada desde dos puntos de vista distintos: o bien incluyéndola en la conflagración general que opone a los países del Pacto Tripartito a los Estados anglosajones, o bien considerándola aisladamente. Desde el primer punto de vista el frente del Este es un frente más—el más importante si se quiere—de los varios que mantienen los contendientes; los resultados que en él se obtienen repercuten intensamente en la situación general y modifican la marcha del conflicto mundial.

Para, en pocas palabras, dar una idea de lo que la guerra contra el comunismo representa, podemos decir que el peligro que corría Europa el día antes de comenzar las operaciones contra la U. R. S. S. era de tal calidad que habría que remontarse seguramente a la fecha exacta de 1249 para poder hallar una situación semejante. Es decir, en setecientos años justos no ha corrido nuestro Continente un riesgo semejante, ni siquiera cuando la marea turca llegó a las puertas de Viena. En la fecha citada el duque Enrique el Santo de Liegnitz, después de haber implorado inútilmente la ayuda de una Europa enloquecida por la lucha entre el Papado y el Imperio, se aprestó, auxiliado por unos pocos caballeros de las Ordenes militares polacas y alemanas, a contener la ola mongólica que desde el más lejano Oriente avanzaba incontestable contra Europa. El pequeño y heroico Ejército resultó aniquilado, sumergido, volatiliado al contacto con los invasores. Europa quedaba inerme. Desde Hungría y Prusia hasta el fondo de Castilla la gente clamaba en las iglesias: «De furore tartarorum liberamus Dómine.» Un providencial conflicto interno hizo retroceder a la horda y salvó nuestra cultura medieval.

En 1941 la situación era idéntica. Es cierto que entre el Ejército de Enrique el Santo y el Ejército alemán actual existía un mundo de diferencia; pero no hay que olvidar tampoco que las huestes de Gengis-Khan eran una horda con una débil cohesión interna y que, en cambio, el Estado soviético es una estructura férrea, eficazísima, con un claro concepto de los fines que se propone y con un instrumental insuperable para llegar a la consecución de esos fines.

Estamos, pues, siendo espectadores y actores de un drama de envergadura astronómica, estamos viviendo unos años que Mussolini llamó con razón cruciales. Tal es nuestra grandeza, pero también constituye el pesado fardo que corresponde a nuestra generación. El hecho no debe ser disimulado ni eludido. Hace falta reírse una y otra vez por la cara de los pecios que no ven lo que tienen delante. La lucha que se está desarrollando en las inmensas llanuras rusas nos introduce a todos: a Alemania y a los que junto a ella luchan, a los neutrales y a los enemigos del Reich. Si los soviets hubiesen tenido tiempo de realizar sus designios, su fortuna hubiese labrado la destrucción de todos, de Inglaterra y de los Estados Unidos también. Si estos dos países—llevados por un miedo hacia el peligro inminente que les hace menospreciar el menos cercano—no quieren comprenderlo así, eso no es cuenta nuestra. Los países que luchan en el Este no lo hacen sólo por su propia existencia, sino también por la del enemigo. Las tropas alemanas y aliadas defienden igualmente en el Volga la existencia y el futuro de los países anglosajones.

Vamos a intentar a continuación dar un resumen de los antecedentes inmediatos y del desarrollo de este conflicto, de perfiles tan singulares y tremendos.

## ANTECEDENTES INMEDIATOS

Desde que los bolcheviques ocuparon el Poder, y especialmente desde que Stalin hizo cargo del Gobierno después de la muerte de Lenin y fue sustituida la N. E. P. (Nueva Política Económica) por el régimen de planes quinquenales, la U. R. S. S. se dedicaba a una actividad incansable, a la que a Europa no llegaba más que un eco confuso. Se sabía que el gigantesco país había emprendido la ingente tarea de industrializarse; pero esta industrialización parecía dirigida más bien a fines pa-

cíficos. La gente mejor informada afirmaba que el comunismo ruso no había renunciado a la extensión de sus doctrinas por el mundo, pero que los procedimientos predichos para conseguir este fin eran más la descomposición interna de los Estados—por medio de los Frentes Populares, por ejemplo—que la conquista militar. Un inocente anticomunismo hizo el juego a los soviets anunciando una y otra vez que los planes quinquenales eran un completo fracaso y que la economía soviética luchaba con una espantosa anarquía que hacía ineficaces todos los esfuerzos de los dirigentes.

La obra maestra de esta campaña de simulación fue la guerra contra Finlandia. Los rusos se dejaron golpear por el pequeño pueblo finés de la manera más desvergonzada. Parecía que habían ganado la guerra casi por milagro. Se puede decir incluso que la U. R. S. S. extremó la nota en la exhibición de su debilidad en dicha guerra; pero ni siquiera esta exa-

los acontecimientos que se aproximaban el Reich necesitaba tranquilidad en la frontera del Este. Un eficaz realismo político dirigía estas negociaciones, que tanto habían de repugnar a los bien probados sentimientos anticomunistas del nacional-socialismo. De todas formas, el porvenir no quedaba hipotecado, y la batalla contra el enemigo de Europa era pospuesta a necesidades más apremiantes, pero no abandonada.

La U. R. S. S. aprovechó abundantemente las oportunidades que su alta cotización en el juego diplomático internacional le ofrecían. Desde el océano Ártico hasta el mar Negro logró una serie de territorios a costa de los países fronterizos; territorios que habían de ser las avanzadas de donde partiría en el momento oportuno la ofensiva general del comunismo.

Ese momento estaba llegando ya. Alemania se ocupaba de dar los últimos golpes al enemigo del Oeste y parecía pre-

salvaguardia del territorio nacional. Ejércitos de tan enorme potencia no se poseen más que para agredir y para conquistar. Frente a esa Prensa capitalista que se obstina aún en presentar a la U. R. S. S. como víctima se alzan las gigantescas cifras de material destruido. No se olvide este hecho, conocido por cualquier estudiante: el Derecho Internacional no considera agresor al que primero empuña las armas, sino al que primero da pruebas de indudables intenciones hostiles. Como se comprenderá, no parece lógico que Alemania tuviese intenciones agresivas contra Rusia hasta que no hubiese terminado completamente su guerra con Inglaterra, objetivo suficientemente ambicioso de por sí para acaparar toda la energía de un país.

Así llegó la guerra entre Europa y la anti-Europa. En la primera parte de este artículo hemos procurado poner de manifiesto que la contienda contra el bolchevismo presentaba desde el punto de vista espiritual caracteres que la diferenciaban de todas las precedentes. Hemos de añadir ahora que también materialmente este conflicto carece de equivalente si consideramos los enormes medios puestos en juego por ambos bandos; la capacidad industrial y humana que han manifestado ambos antagonistas; la intensidad espantosa que ha tenido la lucha en sus momentos álgidos, y la gravedad de los problemas técnicos y militares que ha sido necesario resolver. Tanto desde el punto de vista ofensivo como del defensivo se han hecho esfuerzos titánicos por ambos bandos. La batalla de Verdún, que se había considerado hasta ahora como el más grande episodio bélico de la Humanidad, ha sido ampliamente superada por combates como los habidos en torno a Sebastopol o Stalingrado, por resistencias como la mantenida durante el invierno pasado en el instante en que los soviets creían que había llegado su momento.

## PELICULA DE LA GUERRA

El lector sabrá comprender que un estudio de esta enorme guerra, no ya técnico—pues este aspecto escapa a nuestra competencia—, sino puramente enunciativo, excede de las posibilidades de un artículo periodístico de discretas dimensiones. No podemos prescindir de mostrar someramente la evolución de los acontecimientos militares porque con ello quedaría amputado el fin que nos hemos propuesto en esta ocasión. La enumeración de los momentos esenciales de esta guerra puede servirnos para darnos una justa perspectiva de la misma y para hacer resaltar los dos aspectos que más interesa destacar: de una parte, la enorme potencia militar soviética y el gran valor militar de sus ejércitos; de otra, y como consecuencia de la primera, el mayor valor y el mejor espíritu de los atacantes, que han sabido dominar esa fuerza astronómica y diabólica que es la U. R. S. S. Todo lo que sea recalcar el poder soviético representa una confirmación de nuestra tesis acerca del gravísimo peligro corrido por Europa.

En las primeras horas de la madrugada del domingo 22 de junio de 1941 comenzó la guerra que había de liberar a Europa del peligro comunista. Junto a las tropas del Reich se alineaban los soldados finlandeses, que tan heroicamente habían defendido el suelo patrio unos meses antes, y los ejércitos rumanos, que iban a la reconquista de la Besarabia y la Bucovina, caídas en las insaciables fauces bolcheviques, que se ensañaron ferozmente con su población. Días después Hungría y Eslovaquia se ponían también en línea de batalla. Más tarde aporta también Italia su esfuerzo.

A las cuarenta y ocho horas había sido liberada toda Lituania y se daba la primera cifra de la guerra: 1.780 aviones destruidos y 180 carros soviéticos fuera de combate.

Mientras, Europa vibraba ante la grandeza del momento. La Falange se lanzaba a la calle reclamando un puesto en el combate contra los verdugos de España. La División Azul—que luego había de llenar de gloria a su Patria desde el parte de guerra alemán—comenzaba a reclutarse.

Cinco millones de soldados estaban enfrentados en esta lucha decisiva. A la semana de guerra se habían avanzado 300 kilómetros. El 2 de julio era liberado Riga, se rebasaba Minsk y 450.000 hom-



gerada postura abrió los ojos a nadie. El propio Goebbels ha declarado públicamente que Alemania no se ha equivocado más que una vez en esta guerra, y fue al evaluar la potencia militar de los soviets.

De todas maneras, antes de la guerra de Finlandia el papel de gran potencia atribuido a la U. R. S. S. no podía desconocerse. Por ello ingleses y franceses trataron de jugar la carta rusa en la «política de cerco» que siguió a los acuerdos de Munich. Todo el mundo recuerda el portentoso éxito diplomático alcanzado por el Reich pocos días antes de abrirse las hostilidades, firmando un pacto con la U. R. S. S. en las propias barbas de las Comisiones militares inglesa y francesa que habían ido a negociar con el Estado Mayor ruso.

La necesidad del paso dado por Alemania era obvia. Para poder hacer frente a

pararse al asalto a la Gran Bretaña. El camino hacia Europa estaba expedito y era llegada la hora de montar el enorme dispositivo bélico requerido.

Pero si la U. R. S. S. logró mantener en el secreto la importancia de su aparato militar, no podía, en cambio, ocultar humanamente sus preparativos bélicos. Se imponía una inmediata defensa de la Europa amenazada, y esa defensa correspondía a Alemania en manera principal, porque tal deber se deducía de su preponderancia militar y política en el Continente.

Al llegar aquí hay que establecer una afirmación que parece irrefutable. A la vista de la preparación militar mostrada por los soviets en esta guerra, especialmente en el aspecto material de la misma, hay que desechar la idea de que el Ejército ruso era un Ejército defensivo, cuya misión consistía en la vigilan-

bres quedaban embolsados en Bialystok, comenzando así la serie de grandes hecatombes soviéticas. Se avanza contra San Petersburgo, por el Sur desde los países bálticos y por el Norte desde Finlandia. Se apuntaba también hacia Moscú y hacia Odesa.

Las cifras crecen vertiginosamente. El día 3 son ya 160.000 los prisioneros y otros tantos los muertos, 6.000 los carros destruidos, 2.330 los cañones capturados, 4.725 los aviones rojos derribados.

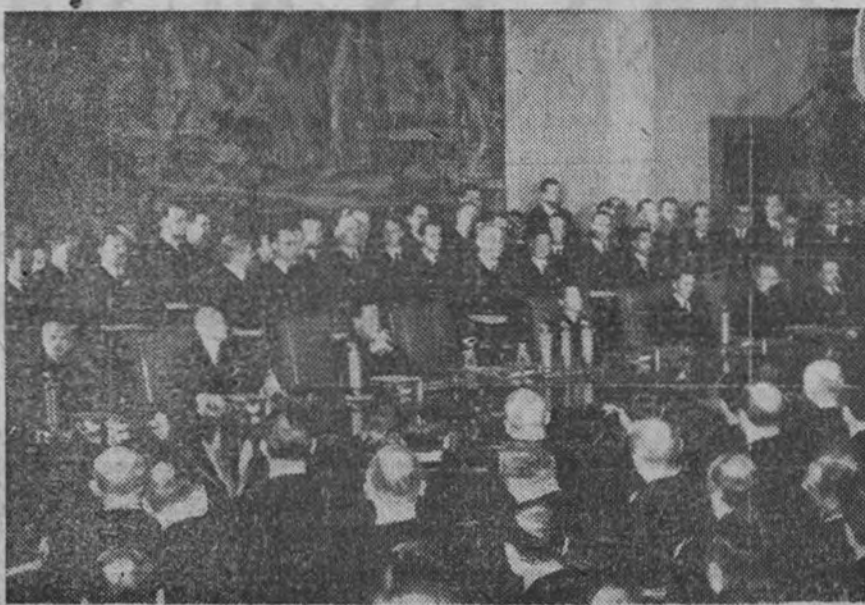
Se cruza el Beresina, que recuerda la epopeya napoleónica. Se llega al Dniéster y Dniéper. La Bucovina vuelve totalmente a Rumania. Czernowitz es reconquistado y el número de prisioneros aumenta hasta 300.000.

El 17 de julio es reconquistada Kichinef, capital de la Besarabia, y las tropas alemanas ocupan Vitebsk, Smolensko y Polotsk.

El día 7 de agosto los prisioneros son ya 895.000; el material destruido comprende 13.000 carros, 10.000 cañones y 9.000 aviones. Se calcula que el total de bajas soviéticas, recuperables o no, asciende a cuatro millones en aquellos momentos.

En los primeros días de septiembre termina la gigantesca batalla de cerco y destrucción de Smolensko, que ha durado cuatro semanas. El día 9 quedan aisladas, dentro de una bolsa, Odesa y Nicoláiev. El 21 comienza la batalla de Gomel. A los dos meses de lucha se han conquistado 870.000 kilómetros cuadrados y se han destruido 14.000 tanques y otros tantos cañones. Todo el territorio finlandés cedido a la U. R. S. S. ha sido reconquistado, y casi ocurre lo mismo con el rumano. En toda Europa—ya hemos hablado de España—se forman legiones de voluntarios. La guerra adquiere cada día un aspecto de cruzada.

El día 6 de septiembre es el aniversario de la batalla napoleónica de Borodino, en la que el ataque ruso más furioso



Aniversario de la firma del pacto Antikomintern, celebrado en Berlín

fué victoriosamente resistido—lo cuenta el conde de Ségur—por un regimiento español.

El cerco de San Petersburgo es casi completo. El 19 se ocupan Poltava y la importante ciudad de Kiev. Los rojos han perdido en esta porfiada operación 1.800.000 hombres. La batalla de Kiev es la más grande de las disputadas hasta el momento, y en ella han quedado destruidas cincuenta divisiones soviéticas. Las tropas germanorumanas llegan al mar de Azof. Vorochilof, Budiény y Timochenko reciben al mismo tiempo terribles golpes.

Ya en octubre, tres Cuerpos de ejército rojos son atacados por retaguardia en Briansk, en donde comienza otra batalla de aniquilamiento que incluye a otras cincuenta divisiones cercadas en Viasma. Se ocupa Odesa tras encarnizados combates. En todos los momentos los soviets combaten hasta el fin con salvaje furia inhumana. Quinientos mil prisioneros más caen en poder de las tropas europeas.

El 17 de octubre se cita por primera vez a la División Azul en el parte alemán. Las tropas germanas están ya en Taganrog y en las proximidades de Stalino. Los últimos territorios bálticos son liberados.

Nueva citación de la División Azul por su heroísmo los días 23 y 24. Los alemanes están a 40 kilómetros de Moscú, de donde sale el Cuerpo diplomático. El 29 se fuerza el paso hacia Crimea a través del istmo de Perekop. En ciento cuarenta y un días de campaña se han ocupado 1.530.000 kilómetros cuadrados. El Ejército rojo de Crimea queda separado en dos porciones. El 22 de noviembre se ocupa Rostof.

El invierno, crudísimo y prematuro, ha llegado. Hitler anuncia la detención de las operaciones y la modificación de la línea alcanzada, que tiene que pasar de ser un dispositivo ofensivo a convertirse en una línea defensiva. Comienza el martilleo ruso, que ha de continuar sin tregua y sin resultados positivos durante todo el invierno. La única posición importante que se abandona es Rostof, demasiado avanzada para poder ser defendida cómodamente. El Führer toma el mando directo de las tropas, a las que dice: «Mi corazón os pertenece por completo, soldados. Seguidme fieles y obedientes.»

El resto está demasiado próximo para que haya necesidad de repetirlo: batalla de Charcof, victorias de Kerch y Sebastopol, avance en todo el sector meridional, reconquista de Rostof, marcha hacia el Cáucaso, llegada al Volga al norte y sur de Stalingrado, el asalto directo a esta ciudad y conquista del monte Elbrús y Novorossisk.

Las victorias han sido incalculables. El heroísmo, sin límites; la ciencia de los jefes, insuperable. El comunismo no está aún aniquilado, pero sí está ya imposibilitado para ninguna acción ofensiva contra Europa. Los esfuerzos de los hombres continuarán para acabar la obra emprendida. Nuestro Continente no abandonará la lucha hasta la total desaparición de esa ideología vergonzosa que estuvo a punto de destruir la obra gigantesca de dos milenios de cultura cristiana.

Joaquín USTE

## VEINTICINCO AÑOS DE LUCHA CONTRA LA INTERNACIONAL COMUNISTA

(Viene de las páginas centrales.)

del Komintern, pero que sirve para definir el alcance de este Pacto, que no va dirigido contra el Estado bolchevique como tal Estado, sino contra la Internacional Comunista como organización mundial de propaganda subversiva. Alemania y el Japón acuerdan por él oponerse a toda expansión de las ideas comunistas dentro de la esfera de sus soberanías respectivas, y a prestarse mutua ayuda y cooperación a los fines de evitar dicha expansión. De esta manera se crea un poderoso instrumento internacional destinado a oponer una barrera infranqueable a la actuación demoledora del Komintern en la Europa central y en el gran espacio oriental asiático.

El 6 de noviembre de 1937 firmó Italia su adhesión al mismo Pacto. La nación italiana, que ya estaba unida al Reich por la alianza del Eje, reforzó de esta manera su perfecta solidaridad ideológica con Alemania y con el lejano Japón. Merece destacarse el hecho de que, tres años después, las mismas potencias firmaban el Pacto Tripartito, de alianza militar y política, con lo que claramente se demuestra que el Pacto Antikomintern sirvió para preparar el terreno para una alianza de mayores vuelos, en la cual reposa actualmente la garantía del nuevo orden en el mundo. Del mismo modo, la afinidad entre estas tres potencias, que culmina ahora en la guerra que sostienen contra la coalición democrático-bolchevique, surgió y se desarrolló merced a la comunidad de su credo político, basado en la oposición rotunda a todo cuanto representaba el comunismo.

Dos años después tres nuevas potencias se adherían al Pacto Antikomintern. El 24 de febrero de 1939 lo hacían Hungría, vanguardia del anticomunismo europeo, y el Manchukuo, aliado fiel del Japón en su política constructiva de la Gran Asia. Y el 27 de marzo del mismo año, la víspera de la ocupación por las gloriosas fuerzas nacionales de la capital de España, foco durante tanto tiempo de la criminal resistencia roja, el Gobierno del Caudillo envió su adhesión al Pacto, a la vez que se retiraba de la Sociedad de Naciones. España, por tanto, suscribió el Pacto Antikomintern dos años y medio después del día en que fué firmado por Alemania y el Japón, retraso que se debió a la necesidad de ejercer su soberanía sobre la totalidad del territorio español antes de contraer solemnemente compromisos internacionales. Pero durante esos dos años y medio España había hecho más en contra del bolchevismo que ninguna otra nación hasta entonces, y su adhesión al Pacto iba rubricada con la

ofrenda de un millón de vidas de españoles, caídos en defensa de la civilización. Esta extensión del Pacto Antikomintern suponía ya la eliminación casi total de Europa de la Internacional moscovita.

### LA GUERRA ACTUAL

Los acontecimientos posteriores motivados por la guerra mundial alteraron de nuevo los factores con que se presentaba la contienda contra el comunismo. Rusia abandonó a sus antiguos aliados, atraída por las perspectivas que le brindaba la neutralidad para hacer objeto de sus inicuas agresiones a todos los pueblos que la rodeaban. Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumania fueron devoradas total o parcialmente por el coloso soviético, que, a la vez, se preparaba para el momento de su agresión

contra Europa, a la que creía desgastada por la dura guerra. El mundo contemplaba con angustia crecer el poderío de Moscú, al amparo de la forzosa inactividad que imponían a Alemania sus planes estratégicos. Sin embargo, el Pacto Antikomintern seguía vigente y Alemania tuvo la gallardía de declararlo así expresamente. Se trataba tan sólo de una cuestión de tiempo.

En la primavera de 1941 Stalin comenzó a descubrir sus intenciones en su Pacto de alianza con Yugoslavia y su enorme concentración de aprestos bélicos en la frontera con el Reich. Pero éste, desembarazado ya de todos sus enemigos del Continente, estaba preparado para llevar adelante la misión emprendida veinte años antes por su Führer. Y el 22 de junio

dió comienzo la más colosal ofensiva que vieron los tiempos: la Cruzada de las naciones europeas contra la Unión Soviética, ofensiva que actualmente, después de quince meses de constantes y gloriosas victorias, ha desarticulado por completo la fabulosa máquina guerrera de los Soviets y está a punto de asestar el golpe mortal al criminal Estado bolchevique.

La actividad guerrera no paralizó, sin embargo, el desarrollo de la lucha ideológica contra el Komintern. Seguiría siendo necesaria la colaboración en el terreno espiritual y cultural de las naciones antibolcheviques. A tal fin, en noviembre de 1941, se reunió en Berlín una Conferencia que ha constituido uno de los hechos más importantes en la ruta de la unificación ideológica de los pueblos europeos. En ella se verificó la firma del Pacto Antikomintern por Rumania, Bulgaria, Eslovaquia, Croacia, Finlandia y la China nacional, a la vez que ratificaban su anterior adhesión Alemania, Italia, España, Japón, Hungría y el Manchukuo. Es decir, que actualmente son firmantes del Pacto diez Estados europeos, que forman el núcleo del nuevo orden en nuestro Continente, y tres Estados asiáticos, encargados de contener toda posible expansión del comunismo en sus límites orientales. Se ha creado así un instrumento diplomático de gran valor para la futura comunidad mundial que se logre después de la victoria contra la U. R. S. S., a la que, por otra parte, contribuyen con sus mejores hijos ocho de las naciones firmantes del Acuerdo. La Europa del mañana tendrá en la identidad espiritual, moral y política nacida contra el comunismo la mejor garantía de homogeneidad y de paz.

Un cuarto de siglo ha costado a las fuerzas de la civilización el terminar con el odioso régimen soviético de explotación y de barbarie. Han sido veinticinco años de lucha incesante, de sacrificio heroico de toda una juventud, que, por poseer ahora un credo espiritual y político profundamente sentido, se ha opuesto con todo su ímpetu y entusiasmo a la realización de los planes tenebrosos fraguados en el Kremlin. Está muy cercana ya el momento en que veamos desvanecerse para siempre la más sangrienta pesadilla que ha sufrido la Humanidad. Y junto a este resultado inapreciable, hay otro nacido y forjado en la misma lucha, de trascendencia tal vez mayor: el de que Europa, por primera vez desde hace siglos, se ha encontrado a sí misma.

Fernando AGUIRRE DE CARCER



Kalinin, Vorochilov, Stalin, Idanov y Andreev, en la presidencia del Consejo Supremo de la U. R. S. S., en febrero de 1938



REDACCION,  
ADMINISTRACION  
Y TALLERES DE  
"ARRIBA"

Larrea, 8 - Teléfono 32610

DESDE LA DIVISION AZUL

## ESTAMPAS SOVIETICAS

Por JESUS MARTINEZ TESSIER



ban en la casita, fueron arrastradas por los soldados rojos en su huida. El mismo pudo esconderse en un granero que permaneció varias horas entre los dos fuegos, del que fué sacado por los soldados alemanes.

Las habitaciones de la casa tienen unas camas de hierro altísimas y antiguas. La que me correspondería a mí, con otro camarada, está pintada de azul celeste. Sobre el somier hay dos medios colchones mugrientos. Iván no comprende que quitemos la cama y, después de barrer el suelo, tendamos en él nuestras mantas. El está familiarizado con toda clase de insectos.

Desde nuestro «lecho» sentimos sus pasos por la cocina, a la que ha sacado su cama. La puerta abierta de nuestra habitación nos permite verle «somado al ventanuco, por el que entra un pequeño cuadrilátero de estrellas. Con nuestra llegada algo debe estar renaciendo en Iván. Venimos de un mundo al que antes perteneció él. No le hemos sentido acostarse.

A la mañana siguiente nos levantamos con el sol. Garchagi ya está sentado en la cocina, con las manos sobre los muslos, sin ningún quehacer. Después de saber que no nos toca ningún servicio, obtenemos permiso para recorrer la enorme y destaralada ciudad, en la que permaneceremos cinco días. Inútilmente buscamos buen sitio para lavarnos. Tenemos que hacerlo con un poco de agua que nos ceden los rancheros.

Las calles, sin geometría, están desprovistas de alcantarillado en su casi totalidad. Hay algunos rieles de tranvías, y los postes de conducción de los cables tienen un quintal de cemento sobre el necesario para sostenerlos. En el patio de unas escuelas hay una estatua enorme de Lenin, sentado, con las manos en los bolsillos del pantalón desplanchado. Es de cemento armado y está toda ella pintada de rojo. El conjunto hace reír, pero primero asusta un poco. El interior de las casas de Minsk—primera gran ciudad rusa que conocemos—no desmiente la miseria que ya hemos visto fuera. No encontramos una salita ni un florero aéreo, ni unos visillos coquetones o algún lazo en algún sitio. En las puertas y en los marcos de las ventanas podrían contarse los brochazos que dió el mal artesano que las pintó. El cuarto de baño es absolutamente desconocido. Un lavabo de hierro, con su palangana desportillada, es todo el confort, y el lujo, alguna estampa de colores llamativos, casi siempre de marineros que saludan con el puño cerrado.

En cambio, la Casa del Partido Comunista es de colosales proporciones; un rascacielos yanqui, chato, trasplantado, cuya sección forma una U gigantesca. En el lado abierto, un monumento al comunismo—de mármol oscuro, como las paredes de la Casa—, en cuyos cuatro lados, campesinos, soldados, pioneros y ferroviarios levantan unas banderas con la hoz y el



Dos camaradas de la División se retratan sobre la estatua de Lenin en el patio del edificio del P. C. de Minsk

martillo, y dan la mano a unas mujeres que llevan pañuelos al cuello.

Una larga fila de prisioneros rusos, conducida por cuatro soldados alemanes, se sienta a descansar de su marcha hacia retaguardia a la sombra de la Casa del Partido. Allí—a poco—reciben su ración de rancho.

El barrio judío es el mejor de la ciudad, y sus habitantes, la aristocracia comunista. Son los mismos de todas partes, y aun ahora nos miran con una sonrisa untuosa. En la guerra sólo combaten como partisanos o comisarios. Antes eran agentes de la G. P. U. o verdugos.

Después de la cena, Iván nos cuenta su historia. Hemos encendido la cocina, porque el aire sopla del Norte y se cuele por algunas rendijas. En la casa ha sido encendida una lamparita de aceite ante un icono recién desempolvado.

Iván era maestro de escuela antes de la revolución comunista. Amaba su profesión y era dichoso introduciendo en las cabezas infantiles las letras y los números, y en las tiernas almas el amor a Dios y al prójimo. Tenía otro gran amor: el de la música, las composiciones de los viejos maestros.

Quando al final de las clases—después que los niños, en pie, cantaban las obligadas canciones—recogía sus libros para marchar a casa, pensaba con deleite en los papeles de música en cuyo estudio iba a hundirse.

Los domingos, los oficios divinos, la comida extraordinaria en casa, el té más cargado y la chaqueta nueva para ir al teatro. Se enternecen sus ojos al recuerdo. Luego comienza a acompañar su charla con un manoteo rápido. Habla de la revolución. Presentimos más que entende-

mos su relato de crímenes, saqueos y violaciones. Fué allí más cruel que en España la orgía de sangre. Y sin tener sus víctimas la esperanza de una victoria final.

Después, la vida horrible y embrutecedora. La persecución espiritual. La enseñanza a los niños con cartillas que negaban a Dios y hablaban de odio. Iván no servía. Trabajó en los más humildes puestos de una fábrica con delegados y espías de la G. P. U.

Esto ya acabó. Pero lo otro también para él. Ya es viejo y no puede pensar en rehacer su vida. No tiene ya ni sus papeles de música.

Más tarde nos obsequia con un concierto de su trombón. La ridícula figurilla, los movimientos de su garganta con «arbas como cañones de pichón y la emoción que pone en su tocata hacen dramático el momento. La lumbre, menos piadosa que nosotros, le saca la lengua de sus llamas por la boca de la cocina. Iván toca muy mal.

Hay un árbol grande al borde del camino. Extendió sus numerosos brazos en otro tiempo protegiendo al viajero de las inclemencias del sol y de la lluvia. Wala, cuando era niña, inventaba con el árbol sus cuentos de brujas, y él era el buen protector de las princesas o de los niños extraviados. Luego le confió sus secretos de amor, y más tarde, Jorge hizo cerca de su sombra la casita para los dos. Allí corrieron los dos hijitos. A su sombra fueron ordeñadas las primeras vacas, y la empalizada para las gallinas y corderos se hizo hacia el otro lado para no darle sensación de encierro.

Pero después—Wala nos lo ha contado—contra su tronco fué fusilado Jorge. Allí está en él las balas. A su sombra, también fueron agrupadas las reses para llevarlas al Comité. Abrazada a su tronco estuvo mirando al hijo que fué llevado a la fábrica de la ciudad.

Hoy hemos descansado nosotros al pie del viejo árbol, y Wala nos lo ha relatado todo mientras nos daba agua de su pozo y se distribuía el rancho. Desde allí nos dice adiós. Volvemos la cabeza desde lejos ya y nos parece que las ramas se levantan hacia el cielo.

Sigue la División su camino hacia el frente. Es un mes de penosas jornadas. Las ciudades, aldeas y caseríos a nuestro paso, nos han contado siempre, con su miserable arquitectura y sus tristes gentes, las mismas historias. Dolor y miseria en estas ciudades, donde los sueldos apenas alcanzan para un kilo de pan, y otro de leña; en las que el estado sanitario es terrible. Miseria y tristeza en estos campos, cuyas colectividades obreras apenas tocan los productos para otra cosa que su recuento y embalaje hacia la Central.

Siempre tristeza en las canciones y en los rostros recogidos a nuestro paso. Es triste hasta el cielo, saturado de tanto dolor como refleja.

Estamos haciendo la última marcha. Pasan sobre nosotros los bombarderos del Reich. Se distinguen claramente—aun en sus rugidos—los Stukas, que llevan a las filas rojas la desmoralización y la muerte. La línea quebrada de sus alas y la proba de sus carlingas les dan un aspecto de monstruos potentes «cogidos para la embestida».

Por las noches tenemos pesadillas de incendios, saqueos y asesinatos. Pero ya el frente está ahí mismo.

DE la miseria del pueblo ruso, sometido a la terrible dictadura roja, nos habían hablado las propagandas antimarxistas. La ruina espiritual de estas pobres gentes—su falta de goce del alma, su ausencia de esperanza y fe—no hay cámara cinematográfica que pueda captarla ni artículo que pueda describirla. Hay que vivir con ellas, oír las cantar sus canciones y relatar sus cuentos. Entonces, un sentimiento de tristeza se apodera de nosotros y una sensación fortísima—mitad pena, mitad nostalgia—hace pensar en los alegres pueblos españoles.

Es este resultado el más tremendo de los conseguidos por los tiranos rojos.

Hasta las ciudades y los bosques son tristísimos, y no harían falta para acentuar esta tristeza las enormes bandadas de negros cuervos que graznan desde todas partes, ni el barro viscoso—o la capa espesa de polvo en su caso—que hay en todas las carreteras y caminos.

La División Azul marcha a pie hacia el frente. Son bastantes más de mil kilómetros los que tiene que recorrer, y muchas ciudades y pueblos los que debe atravesar. Aun preparados para encontrar miserias sin fin, nos sorprende la realidad. Esto es mucho peor de lo que esperábamos. Hay millares de pequeñas cosas, de pequeñas tragedias, en un ambiente sombrío—a pesar del claro sol, que en estos días de septiembre no se nos niega.

Llegamos los soldados españoles a Minsk. Unas compañías hicieron alto en pueblos de los alrededores. A la mía le tocó alojarse en la ciudad. Unos cuantos camaradas fuimos juntos a una casita de madera situada en los arrabales, al lado del barrio judío. En la calle quebrada, con aceras de tabloncillos, una confusión silenciosa de chiquillos y gallinas escapadas de la comunidad. Estos niños no juegan: cortan leña, acarrean agua, rebuscan en los montones de residuos de nuestras cocinas...

Entre la gente que quedó en la ciudad no se ven unos vestidos bonitos ni unos zapatos modernos. ¿Es que todo lo confeccionan en la U. R. S. S. viejo ya? Las vanguardias alemanas no hace veinte días que pasaron esta ciudad. Su ruina y miseria no pueden achacarse a la guerra, por tanto.

La casita en que nos alojamos la habitaba Iván Garchagi. Iván tiene sesenta y cuatro años y un viejo trombón, totalmente cubierto de pequeñas abolladuras, que ceta como preciado joyel. Todo lo nuestro le asombra y todo lo que hacemos le extraña. Debe pensar que soldados tan alegres y faltos de crueldad no serán buenos guerreros.

Pronto rompemos nosotros el hielo, y aunque rechazamos su remolacha hervida con leche, le hacemos aceptar parte de nuestro suministro. Iván vive ahora solo en la choza, que tiene tres habitaciones y una cocina-hall, en cuyas paredes cuelgan pucheros de muy diversos tipos. Las cuatro familias que con Iván se hacina-



El general Muñoz Grandes recibe en su Cuartel General la enseña de la Patria bordada por mujeres argentinas

# DE VERSALLES A MOSCÚ

Por EUGENIO MONTES

CUANDO Guillermo Godofredo Leibnitz discurre sobre el ámbito de la civilización, escribe estas palabras: "El mundo se divide en europeos y salvajes." Pero a la luz de las candelas de la Aufklärung iba a acontecer un hecho insólito y de terribles consecuencias: que Europa comenzaba a dudar de su propia superioridad, derretida de admiración hacia lo contrario de sí misma. El "bon sauvage y bon republicain" aparece como un tipo ejemplar de humanidad, por más próximo y cercano, entre la desnudez de los plátanos lascivos y el sopor dulzón de los cañaverales martiniqueños, a una naturaleza divinizada. No es la diosa razón, sino la diosa natura quien hace su trono con las derrumbadas piedras de la Bastilla. El trópico, con su democracia vegetal y la confusión contagiosa de su vida sin cultura, impone su modo de ser al continente más ilustre de la Historia. La Revolución francesa es, por revolución, una gigantomaquia de salvajismo; pero por francesa, es decir, por tomar encarnadura en el país que era entonces el más civilizado del mundo, constituye un fenómeno histórico irremediable, la norma de una época que ha durado hasta nuestros días. Rousseau y David se abrazan en amalgama de contradicciones. El "hombre natural", el antillano desnudo, se cubre con la clámide augusta del estoico antiguo. París se sentía suficientemente corrompido para querer ser caribe, Pablo o Virginia; pero era a la par tan educado, tan lleno de perfecciones y prestigios, que aun esa misma decadencia tenía que asumir ademanes canónicos, gestos plutarquianos de ejemplaridad estatutaria. Al lado de Josefina surge, dominado y dominador, rendido y cesáreo, Napoleón Bonaparte. Bohío e Instituto, manigua y cúpula, selva y sistema métrico decimal, guillotina y código justinianeo de propietarios, cuellos de sangre y citas ciceronianas.

El hecho de que la Revolución encarnase en la patria de Lapeyre y de Laplace le dió una universalidad fatal, ante la que nada podían hacer las otras patrias más que aceptarla de grado o con mohines, pero sin remedio; pues aunque el carro aquel que subía desde el campo de Marte a la montaña de Santa Genoveva no llevaba dentro sino barbarie, visto un poco de lejos parecía el séquito de una teoría maravillosa, de la más ilustre calbata de todos los siglos. La Revolución de abogados y asesinos iba contra la historia de Europa, pero por el lado que era concili-



Los campesinos de Smolensk en la catedral racobrada

rado el más europeo. La desalmaba un rencor feroz contra las torres de Notre Dame, el panteón de San Dionisio, las venerables ruinas cluniacenses, la colina de Abelardo, la calleja de Roscelino, el camino a Compostela, donde el Angel de las Escuelas pensó la Summa contra Gentiles, la Física de Buridan, la cuestión de los universales, el recuerdo de San Luis, la batalla de Villon con el rocío de la Virgen lloviendo sobre sus versos mientras el Sena seguía a la mar, los cristales de Descartes, los griegos de Racine enlutados de ternura, la cristiana agonía del señor Blas Pascal, las ecuaciones de Hermite, donde la música de las esferas y el número platónico cantan la gloria de Dios con exacta armonía. Pero aunque la Revolución iba contra todo eso, por razón topográfica, recibía el resplandor de todo eso, su alto honor, su obrada luz de encanto. Y por ello fué, ineludiblemente, un hecho universal de magia irresistible.

La Revolución comunista, por fortuna, no encontró situación tan favorable. En cierto modo, la de fines del XVIII recogía una corriente secular, una antitradición muy

larga, lo que es, a su manera, una tradición. Era síntesis y cumplimiento de una tendencia nominalista, opuesta al realismo que preferimos, a la realidad que amamos; pero la oposición milenaria es como un abrazo. Una guerra que dura mil años acaba identificando a los contendientes, confundiendo en un mismo sentir. El pasado y el paisaje le eran propicios. A la de ahora, felizmente, le han sido adversos. En una buhardilla de Soho, el barrio bohemio de Londres, concibe Carlos Marx la aplicación del concepto hebreo de pueblo elegido al proletariado, y en París da más tarde, con Engels, el manifiesto comunista. Suponía él que su tesis de resentimiento triunfaría ante todo en los países industriales, en los ámbitos más propiamente europeos, y aunque la triste posibilidad de un comunismo en Europa no esté pasada, y sólo, gracias a las armas de España primero y de Alemania ahora, se evite el peligro, es un hecho que esa demoníaca política donde encarnó ha sido en el inmenso ámbito de Moscovia, es decir, en algo que, apareciendo en los mapas como Europa, es lo más anticu-

ropeo que quepa imaginarse.

El mero hecho de haber identificado su destino con Rusia debió haber sido una objeción decisiva, universal y rotunda contra el comunismo, pues la enorme Moscovia, tan inferior en todo a Europa, no podía ser tomada por arquetipo e inspiración. Rusia llega, en efecto, al siglo XVIII sin conocer de la cultura otra cosa que el barniz bizantino. Hasta mediados del setecientos no se publica en su idioma ni un solo libro de matemáticas; quiero decir que ignora incluso los Elementos de Euclides. Pero esto no es lo peor, sino que la generación siguiente al primer contacto con la matemática ya se siente incómoda dentro de su disciplina normativa, y, llena de odio a las formas clásicas, rencorosa a sus servidumbres y sus leyes, engréida en su soberbia oblicua, quiere inventar la geometría noeclidiana. Para todos los hombres del mundo, por un punto a una recta sólo es posible trazar una perpendicular. Para ellos —¡qué orgullo resentido y qué desgracia!— cabe trazar dos, tres, cien o infinito. A esa incapacidad de pensar con los ojos, de ver claro, de descubrir con la mirada, a esa incapacidad de ajustarse a los hechos primordiales del cosmos, se llama desde mediados del siglo XIX "el alma eslava".

En rigor el alma eslava consiste en invertir el orbe, andando con la cabeza hacia abajo y pensando con los pies, en llorar a la hora de reír, en reír a la hora de llorar, en sentir amor cuando se debe sentir odio y, sobre todo, en sentir odio cuando se debe sentir amor. El mundo de los antípodas, la tierra del revés.

Esa tierra del revés sólo concibe el planeta a su imagen y semejanza, o sea pervertido e invertido. El comunismo es el modo que "el alma eslava" encontró para esa rusificación del orbe, soñada por la Horda de Oro, cantada apocalípticamente por Dostoievski, preparada por el mongol Lenin, decidida por el tirano Stalin.

"Voy a Europa—dice uno de los Karamazov—, a un cementerio, el más hermoso de los cementerios imaginables." No, no lo era; pero lo sería.

Para evitar que Europa se convirtiese en fosa común, en muerte comunista, vertió su sangre la mocedad española. El impetu bolchevique fué aquí más furioso y tau-rino que ha sido nunca y que nunca será. Allá en la tierra de los escitas triunfó porque sólo fué—y en la epidermis—bizantina. Pero España había sido y ha vuelto a ser romana, hija de loba del Lacio.